

pueden agruparse en cuatro: competitivas, sociológicas, institucionales y partidistas. Los *enfoques competitivos*, siguiendo los planteos de Downs, sostienen que son las preferencias de los votantes y la estructura de las oportunidades políticas (Schlesinger, 1994) las que determinan el tipo de sistema que se constituirá. En una analogía con el mercado económico, los partidos se ubicarán en el punto del espectro ideológico donde haya “demanda” de votantes.

Los *enfoques sociológicos*, que se basan en el trabajo de Lipset y Rokkan, explican las mutaciones en los formatos de los sistemas a partir de las articulaciones cambiantes entre los grupos sociales. La estructura de conflictos sociales (clivajes) se traduce luego en la estructura del sistema de partidos. Generalmente, una sociedad fracturada por múltiples clivajes los canalizará a través de un sistema multipartidista.

En tanto, los autores que agrupamos dentro del *enfoque institucionalista* señalan la importancia explicativa de determinada institución, generalmente el sistema electoral (Duverger, 1996 [1951]) o el sistema de gobierno (Mainwaring y Shugart, 1997). Como se vio en el capítulo V sobre reglas de decisión y sistemas electorales, las instituciones generan distintos incentivos para votantes y partidos: por ejemplo, un sistema electoral de mayoría relativa tiende a conducir al bipartidismo, mientras que un sistema electoral proporcional se asocia con un multipartidismo.

Finalmente, lo que llamamos *enfoque partidista* coloca a los partidos mismos como la variable explicativa central de las mutaciones de los sistemas partidarios. Los partidos fijan la agenda de la competencia y determinan “los términos de referencia a través de los cuales nosotros, tanto como votantes como ciudadanos, entendemos e interpretamos el mundo político” (Mair, 1997: 9).

## VII. El sistema partidario argentino

Es difícil hablar de un sistema partidario en nuestro país, al menos hasta el año 1983, debido a las continuas rupturas del orden institucional que se sucedieron desde la misma crisis del orden colonial en 1810. Estas rupturas constituyeron un importante impedimento para que se desarrollaran esas “pautas de competencia y cooperación partidarias” que definen a un sistema de partidos. A partir de una primera aproximación al caso en estudio se desprende que, incluso en los breves momentos de institucionalidad democrática, los partidos argentinos actuaron generalmente negando la idea misma de sistema, al no reconocerse a sí mismos como partes de un todo, sino entendiendo su posición como la única legítima. Esta visión, que podemos llamar “movimientista” (Alberti y Castiglioni, 1985), se expresó con claridad en el pensamiento y la práctica de los líderes máximos de los dos grandes partidos de la Argentina moderna, Hipólito Yrigoyen (De Riz, 1986: 673; Mustapic, 1984: 87; Rock, 1975) y

Juan Domingo Perón (Cavarozzi, 1989: 305; De Riz, 1986: 674; Mc Guire, 1995: 210 y 1997: 59-66).<sup>7</sup> La característica que manifestaron los partidos argentinos durante esa época, negando permanentemente la existencia de los adversarios, ha llevado a muchos autores a sostener la inexistencia de un sistema de partidos propiamente dicho (Cavarozzi, 1989; De Riz, 1986).

Por el contrario, para nosotros esa misma característica y los elementos que se asocian a ella son la demostración, no sólo de la existencia de un sistema partidario, sino de la permanencia de los elementos centrales de su configuración en los tres períodos previos al inicio de la democratización en 1983. Esta subsistencia nos permitiría contar al sistema de partidos como la institución más consolidada (en términos de estabilidad y previsibilidad) del sistema político argentino.

Asimismo, como demuestran trabajos recientes, las continuas rupturas autoritarias al orden democrático que se sucedieron a partir de 1930 no lograron suprimir a los partidos políticos existentes. Incluso, durante los períodos de gobierno autoritario, los partidos continuaron existiendo y operando en la clandestinidad, forzando a esos gobiernos una y otra vez a convocar a elecciones. Por todo ello tiene sentido analizar el funcionamiento histórico de la política argentina en términos de sus partidos y de sus pautas de competencia, más allá de que debamos hacerlo aplicando con mucho cuidado los conceptos y las teorías que se crearon para pensar naciones que no sufrieron la inestabilidad política que experimentamos los argentinos.

## **VII.1. La política partidaria en Argentina hasta 1916**

Podemos hablar de un sistema argentino de partidos con posterioridad a la Constitución de 1853 y más propiamente al año 1880, es decir luego de la federalización de la Ciudad de Buenos Aires, con la cual concluye simbólicamente el proceso que Natalio Botana ha denominado “de reducción a la unidad”. Tal proceso consistió en la compleja centralización del poder político en un Estado Nacional Argentino, en un espacio donde hasta entonces existía un conjunto de unidades políticas semiautónomas, las provincias.<sup>8</sup>

A su vez, las prácticas políticas que tuvieron lugar durante el período que va desde 1880 hasta 1916, con la realización de las primeras elecciones genuinamente

7. “La UCR no es propiamente un partido [...] es la conjunción de fuerzas emergentes de la opinión nacional, nacidas y solidarizadas al calor de reivindicaciones públicas” (Yrigoyen, citado en Rock, 1975: 62) y “La UCR es la Nación misma” (“Manifiesto de la UCR”, 30 de marzo de 1916, citado en Rock, 1975: 64). “El movimiento peronista no es un partido político; no representa un grupo político [...] es un movimiento nacional, que representa sólo los intereses nacionales” (Perón, citado en McGuire, 1997: 64).

8. Para un mayor desarrollo sobre el proceso de formación del estado nacional, ver el capítulo II.

democráticas, presentan particularidades que relativizan la aplicación correcta del concepto de sistema partidario. No nos estamos refiriendo al hecho de que no todos pudieran participar de la vida política, ya que para la existencia de un sistema de partidos no es un requisito el sufragio universal. Por el contrario, lo que complica la aplicación del término para el caso argentino es que las prácticas electorales previas a la Ley Sáenz Peña de 1912 no respetaban criterio institucional alguno, sino que desmentían en los hechos lo que estaba escrito en las normas.

Lo paradójico del sistema electoral vigente en esos años era que sus normas formales fueron una de las más avanzadas del mundo, ya que desde 1821 postulaban el sufragio universal tal como era entendido en la época, es decir, exclusivamente masculino. Sin embargo, en los hechos posibilitaba a los grupos gobernantes generar los resultados que ellos desearan, eliminando toda la carga de incertidumbre propia de una elección popular. Con anterioridad a 1912, la base del sistema era el llamado "voto público", en el que el elector debía decir en voz alta cuál era el candidato, lista o partido de su preferencia. Esto, sumado al hecho de que la confección de los padrones era facultad de las autoridades locales, otorgaba a los gobernantes un alto grado de control sobre los resultados. Por ello podemos hablar del período que se extiende entre 1810 a 1916, año de la primera elección presidencial que se desarrolla con un sistema que garantiza el voto sincero, como de una prehistoria del sistema partidario argentino. Una "prehistoria" que podemos dividir en dos etapas: una primera, en la que no existía siquiera el espacio o arena nacional, que se extiende hasta el año 1853; y una segunda, que se abre con la Constitución Nacional, en la que en ese espacio nacional "argentino" aún no se desarrollaban las instituciones que posibilitaran la competencia entre partidos.

Con la crisis definitiva del orden colonial en 1810, los habitantes de las tierras que eran parte del antiguo Virreinato del Río de la Plata deben darse a sí mismos una organización política construyendo una legitimidad que reemplazara a la monárquica tradicional. Los caminos aplicados a partir de esos años hacen de la soberanía popular expresada mediante el sufragio la forma de legitimar la obediencia política, tomando como modelos la tradición republicana europea y la práctica política de los Estados Unidos. Sin embargo, las guerras contra los intentos de la Corona Española por reconquistar sus colonias, la tradición administrativa de los Cabildos, y el rápido fracaso de los intentos de unidad continental proclamados por Simón Bolívar, llevaron a que en pocos años la unidad política central se estructurara a partir de polos de poder residentes en las ciudades capitales de provincia y generaron una configuración fuertemente territorial de la política, que se apartó de los modelos europeo o norteamericano.

En este marco, surgieron grupos políticos diferenciados que confrontaron a la experiencia colonial, en torno al grado de cambio o continuidad que la independencia representaba. Estando algunos convencidos de la necesidad de una ruptura radical con la tradición española en nombre de los principios de la ilustración y del liberalismo

europeo, otros en contraposición reivindicaron la herencia hispana. Pero este conflicto fue pronto reemplazado por uno más permanente. En el mismísimo Cabildo Abierto del 22 de mayo de 1810 ya se dio una confrontación entre los que apoyaban el rol de Buenos Aires como “capital del reino” para representar a los demás pueblos, frente a otros que defendían los derechos de los pueblos soberanos a decidir su futura organización. Esta tensión entre Buenos Aires y el resto de las provincias permaneció hasta 1880 y determinó todos los conflictos políticos del período.

En la primera década de vida independiente se sucedieron varios intentos por organizar al país, como la Asamblea del año XIII, o el Congreso de Tucumán en 1816, en los que se enfrentaron grupos políticos territoriales celosos de perder su independencia en manos de una autoridad superior. En dichas ocasiones, aquellos que bregaban por la construcción de un estado nacional fuerte recibieron el nombre de *unitarios*, mientras a los que se les oponían se los denominó *federales*. Si bien estamos hablando de dos conflictos distintos, lo cierto es que los unitarios asumieron generalmente el ideario liberal y reformista mientras que los federales se identificaron con el legado español.

A pesar de que estos dos grupos no pueden considerarse de ninguna manera partidos, ni siquiera protopartidos, lo cierto es que muchas veces se proclamaban como tales. Así, en las décadas de 1820 y 1830 no era extraño escuchar hablar del partido unitario, para hacer referencia a los que compartían las ideas de Bernardino Rivadavia o Paz, y de partido federal para los seguidores de Manuel Dorrego o Estanislao López. Asimismo, es importante aclarar que ambos grupos no reflejaban un conflicto geográfico puro “Buenos Aires contra el interior”, sino una manera alternativa de entender la construcción política del nuevo orden. Por ello ambos grupos tenían presencia e importancia tanto en la ciudad puerto como en las principales provincias. También la misma lógica del juego político conducía a que muchas veces grupos políticos rivales en determinada provincia se embanderaran como unitarios o federales simplemente para recibir el apoyo de una de las grandes fracciones nacionales.

En las primeras dos décadas de nuestra historia independiente se sucedieron guerras civiles, golpes militares, elecciones y sublevaciones populares en medio de los intentos del grupo político unitario, que dominó la mayor parte del tiempo el gobierno de Buenos Aires, de organizar al país a su manera. La capacidad que este grupo tenía para llevar adelante su accionar político se basaba en el control de las rentas aduaneras del puerto de Buenos Aires y en el apoyo que recibía de las potencias extranjeras. Sin embargo, a principios de la década del treinta con la llegada al poder en Buenos Aires del federal Juan Manuel de Rosas, los unitarios perdieron la primacía que poseían y un orden “federal” se impuso en el país; la Confederación Argentina. Después de algunos intentos de oponérsele los unitarios abandonan el país o se apartaron de la política.

En el plano nacional el régimen rosista significó una relativa autonomía para los poderes políticos provinciales. El gobernador de Buenos Aires guardaba para sí



el control de las relaciones exteriores, pero interfería poco en los asuntos internos siempre y cuando éstos no cuestionaran su autoridad. Dentro de la provincia, el rosismo construyó un régimen plebiscitario que mantuvo en funcionamiento las elecciones periódicas, pero bajo un sistema de listas únicas y un permanente alegato a favor de la unanimidad en torno al "Restaurador de las Leyes", que se asocia claramente a la tradición unanimista antipartidaria. Sin embargo, en pueblos cansados de las guerras internas (la llamada "anarquía") y de cierta prepotencia discursiva europeísta de los unitarios, el régimen rosista significó un alivio para muchos, especialmente para gran parte de los sectores populares ("la plebe"), que lo apoyaron fuertemente.

Dentro del férreo orden federal la única forma de subvertirlo era interna. Eso fue lo que finalmente ocurrió cuando el gobernador de Entre Ríos, Justo José de Urquiza, se levantó en armas contra Rosas exigiendo la siempre demorada organización definitiva del país y la libre navegación de los ríos. El levantamiento de Urquiza contó con el apoyo de muchos unitarios y del gobierno de Brasil que desconfiaba del poder de la Confederación rosista. Su victoria en la batalla de Caseros abrió las puertas para la definitiva organización política del país que se plasmó en la Constitución de 1853.

Luego de esta institucionalización, los primeros partidos que se constituyeron lo hicieron a partir de la necesidad de renovar a los gobernantes, producto de las prohibiciones a las reelecciones que empiezan a imponerse, y de los fuertes conflictos todavía presentes. Estos incipientes grupos se identificaron, aunque muy tenuamente, con el *modelo de partido parlamentario o de notables*. Por un lado, se rearticuló el *Partido Federal* detrás del liderazgo de Urquiza, agrupando al conjunto de gobernadores y notables provinciales que le responden. Por el otro, se constituyó el *Partido Liberal*, compuesto por los antiguos unitarios y quienes se sentían en buena medida sus herederos. Ambos grupos carecían de organización interna pero presentaban visiones ideológicas del país: mientras que los primeros estaban asociados a la defensa de la tradición y de los valores de los pueblos del interior, los segundos estaban ligados al pensamiento positivista, cierto anticlericalismo y a la pretensión de modernizar el país. Sin embargo, estos primeros partidos tuvieron escasa perdurabilidad: el Federal prácticamente desapareció con la muerte de Urquiza en 1870, y el Liberal se dividió en dos cuando su líder Bartolomé Mitre, ya siendo presidente, intentó en 1860 la federalización de Buenos Aires. Los que se opusieron a Mitre tomaron el nombre de Partido Liberal Autonomista (después Autonomista a secas) y mantuvieron los periódicos que le servían como medios de difusión. Los que continuaron fieles al presidente se autodenominaron Partido Liberal Nacionalista y fundaron un nuevo periódico, *La Nación*. Esta primera configuración del "protosistema partidario" argentino encontró su fin pocos años después cuando los intentos de lograr un acuerdo

bipartidista, como tantas veces en la historia argentina, terminarían complicando tanto a los Nacionalistas como a los Autonomistas.<sup>9</sup>

Con la llegada a la presidencia de Julio Argentino Roca, apoyado por la Liga de Gobernadores, se reformuló el Partido Autonomista en el nuevo Partido Autonomista Nacional (PAN, en adelante) en el mismo momento en que se aplastaba la sublevación bonaerense y se federalizaba la Ciudad de Buenos Aires, culminando así, como sostiene Oscar Oszlak (2004b), con el proceso de centralización de la autoridad política y la construcción del Estado argentino.

El PAN se convirtió en una suerte de *partido único* que coaligaba a todos los gobernadores bajo la autoridad presidencial. Pero lejos de ser un instrumento autoritario, el PAN se convirtió en un verdadero *partido de tendencias* en el que convivían los principales actores políticos de las provincias. Sin embargo, el sucesor de Roca, Miguel Juárez Celman, no tuvo la ductilidad de aquel y terminó marginando y persiguiendo a los opositores. Asimismo, el fuerte impacto que tuvo en nuestro país la crisis económica mundial de 1890 fortaleció a los opositores, quienes articularon ese mismo año una amplia coalición llamada Unión Cívica. Dicho conglomerado congregaba a los partidarios de Mitre, junto con los importantes líderes autonomistas, antiguos federales y muchos jóvenes que se incorporaron a la política luchando contra el llamado “unicato” de Juárez Celman.

Si bien la sublevación cívico-militar realizada por la Unión Cívica, conocida como la Revolución del Parque, fue derrotada militarmente, condujo a la renuncia de Juárez Celman, asumiendo su vice, Carlos Pellegrini, político mucho más hábil y dialoguista. Así, la flamante Unión Cívica salió fortalecida, continuó con su organización en las provincias, y obtuvo para Leandro Alem la victoria en las elecciones para senador porteño, proclamando para los siguientes comicios la candidatura de Mitre. No obstante, este último conocía la debilidad organizativa del partido en el interior, en donde los gobernadores del PAN seguían contando con todas las posibilidades de controlar los comicios. Todas estas características, sumadas a la habilidad de Pellegrini, llevaron a Mitre a la firma de un pacto Unión Cívica-PAN, llamado el “Acuerdo”, del cual él sería el candidato presidencial. Éste fue un nuevo pacto bipartidista que no tendría mejor suerte que el anterior entre autonomistas y nacionalistas.

El pacto tuvo una enorme oposición al interior de la Unión Cívica, que terminó por fracturarse poco después en dos nuevos agrupamientos; la Unión Cívica Nacional que

9. Autonomistas y Nacionalistas muestran dos buenos ejemplos del uso más bien pragmático o dogmático de la ideología que vimos en el apartado sobre la ideología. Así los autonomistas, pese a su origen porteño, fueron capaces de adecuarse a las nuevas coyunturas armando alianzas con varios núcleos políticos del interior provenientes del federalismo o del liberalismo sin preocuparse mucho por sus orígenes y ocupando los principales cargos en las dos presidencias que siguieron a la de Mitre. Los nacionalistas por su parte se mostraron más cerrados y fuera del gobierno perdieron relevancia.

lo apoyaba, y la Unión Cívica Radical (UCR, en adelante), que se oponía a él, encabezada por Alem. La UCR, fundada en 1892, agrupaba distintos sectores políticos que pugnaban por terminar con la exclusión política del sistema. La acción más concreta fue sin dudas la política de abstención electoral que “representó un arma política letal para el orden político vigente: por un lado aparecía como el lugar de todo descontento, por el otro, su inconmensurabilidad en función del carácter voluntario del voto, amplificaba desmedidamente la magnitud de su impacto” (Delamata y Aboy Carlés, 2001: 16). Esto se combinaba con una continua acción insurreccional armada.<sup>10</sup>

Durante toda la década de 1890 el sistema giró hacia una suerte de *sistema de partido hegemónico*, en el cual el PAN controlaba los principales espacios de poder pero debía competir, aceptando incluso en algunos casos elecciones libres, con las nuevas fuerzas surgidas de los sucesos del '90. La UCR, tras un inicial proceso de crecimiento impulsado por Alem, entró en una profunda crisis interna con la muerte de su líder, ya que se enfrentaron las posturas más proclives a la formación de coaliciones con otras fuerzas opositoras, con los planteos más intransigentes del Comité de la Provincia de Buenos Aires controlado por Hipólito Yrigoyen. La Unión Cívica Nacional continuó contando con un importante apoyo pero su permanente vinculación con la figura de Mitre indica la estructura de un partido de tipo personalista que no pudo institucionalizarse y por ello fue incapaz de sobrevivir al alejamiento de éste de la política, en 1902. Finalmente, a los partidos opositores se sumó, en 1896, el Partido Socialista (PS, en adelante) de Juan B. Justo. Fue el primer partido que se constituyó con algunos elementos cercanos al modelo del *partido de masas* (por ejemplo, programas ideológicos definidos) y que a la vez no era producto de reacomodamientos entre los sectores políticos dominantes.

En el año 1903 la crisis interna de la UCR se resolvió con un profundo proceso de reorganización interno que consagró la victoria absoluta de los partidarios de Yrigoyen. Esta reorganización tuvo consecuencias importantes para la historia política posterior del país. Así, culminó con el alejamiento de prácticamente todos los líderes que habían sido parte de la Unión Cívica y con la consagración de un modelo organizativo previamente desarrollado en la provincia de Buenos Aires, que se centraba en una sólida y extendida red de locales territoriales (los comités) estructurados jerárquica y

10. Según sostiene Larraquy (2009), durante la llamada Revolución del Parque, en 1890, se realizó el primer bombardeo sobre Buenos Aires, desde navíos ubicados en el Río de la Plata. De la Revolución del Parque participaron quienes luego serían líderes de los principales partidos políticos argentinos, como Leandro Alem e Hipólito Yrigoyen (UCR), Juan B. Justo (PS) y Lisandro de la Torre (PDP), entre otros; también José Félix Uriburu, luego autor del golpe de estado de 1930, integraba el levantamiento armado. Si bien la insurrección fracasó luego de un intenso combate en la actual zona de los Tribunales porteños, la importancia del levantamiento condujo a la renuncia del presidente Miguel Juárez Celman. La UCR inició nuevas insurrecciones armadas en los años siguientes (la principal de ellas en 1893), que no tuvieron éxito pero fueron presionando hacia la apertura del régimen político.

piramidalmente. Este nuevo tipo de organización partidaria comenzó a incorporar masivamente a amplios sectores de la naciente clase media urbana y rural. La UCR del nuevo siglo tenía muy poco en común con el partido de notables que había surgido de la Revolución del Parque, acercándose claramente a las características del modelo de *partido burocrático de masas*. Con esta poderosa estructura, que crecía día a día, Yrigoyen reiteró los intentos revolucionarios para obtener la reforma electoral pendiente desde el comienzo mismo de la organización nacional.

Paralelamente, dentro del partido gobernante sonaban cada vez con mayor fuerza las voces de aquellos que veían como prioritario terminar con el sistema político imperante, que con sus padrones espurios, su sistema de lista completa y el voto público convertía a las elecciones en prácticamente una farsa. En los años inmediatamente posteriores a Caseros esta anomalía era tolerada por entendiéndose como algo meramente transitorio hasta que el orden estuviese consolidado (la “República posible” de Alberdi). Asimismo, en una sociedad mayoritariamente rural y atrasada, los grupos políticos activos respondían todos a las clases sociales dominantes que veían en este sistema el equivalente al sufragio censitario, propio de la época. Sin embargo, avanzado el siglo, con una sociedad más moderna y urbana, en donde comenzaban a darse los conflictos propios de la sociedad industrial, estas prácticas parecían cada vez más anacrónicas y repudiables.

Así, desde 1890 al menos, sectores importantes del autonomismo lucharon por transformar las prácticas políticas argentinas. Estos grupos llamados modernistas, reformistas o conservadores liberales, fueron creciendo en el nuevo siglo, contando incluso con el apoyo de figuras como la del mismo Pellegrini que enfrentaba a Roca. Fue precisamente en la segunda presidencia de Roca, emblema del Orden Conservador, donde una serie de sucesos abrieron el país a la democracia de masas. Básicamente, el progresivo aislamiento interno del presidente y el continuo fortalecimiento de la UCR produjeron una sucesión presidencial confusa que terminó abriendo las puertas para que —desde el gobierno— José Figueroa Alcorta lograra desmontar el aparato roquista.

La llegada de un reformista convencido como Roque Sáenz Peña a la presidencia en 1910, demostraba no sólo la fuerza creciente de esas ideas al interior de los grupos gobernantes, sino también el miedo que muchos de ellos debían tener respecto a que si no se reformaba el sistema, el Orden Conservador en su conjunto sucumbiría frente a un cambio revolucionario. Asimismo, los grupos reformistas al contemplar el enorme desarrollo social y económico que tenía la Argentina del Centenario, confiaban en poder constituir un partido “orgánico y doctrinario”, como se decía en ese entonces, que agrupando a todos los grupos conservadores y liberales, se impusiera fácilmente en elecciones libres.

La reforma política de Sáenz Peña tuvo tres pilares, la confección de un padrón único nacional que incluyó el Documento de Identidad, el establecimiento de un sistema electoral de lista incompleta que permitiría la representación de las minorías y,

finalmente, la regulación del comicio, incorporando la Justicia Electoral y promulgando el voto secreto. Así, los elementos centrales de la práctica político-electoral argentina que habían perdurado casi un siglo, llegaron a su fin.

## VII.2. La política partidaria argentina entre 1916 y 2009

Frente a las elecciones presidenciales de 1916, las primeras que se realizarían con procedimientos genuinamente democráticos, los distintos grupos que habían sido parte de la constelación gobernante del Orden Conservador (autonomistas, mitristas, roquistas o reformistas) debieron dedicarse a la tarea de construir un partido único "conservador-progresista" lo suficientemente sólido como para derrotar a la poderosa maquinaria de la UCR. El éxito que habían tenido los reformistas en la implementación de la reforma política, más que ayudarlos en su tarea de construir la unidad terminó siendo parte de su fracaso. Lograr que el conjunto de partidos provinciales que venían peleándose encarnizadamente desde 1890 se unificasen, se demostró que era imposible, especialmente tras la muerte de Sáenz Peña, en 1914.

El intento más serio de construir ese partido orgánico soñado por Pellegrini y Sáenz Peña fue la conformación del Partido Demócrata Progresista (PDP, en adelante) a fines de 1914, que logró unificar a ocho partidos que controlaban sus gobiernos provinciales. Sin embargo, no quiso o no pudo sumar al importante Partido Conservador de Buenos Aires, que se mantuvo en contra de las reformas políticas y poco a poco logró sumar a otras opciones conservadoras provinciales, especialmente desde que el PDP proclamó la candidatura de Lisandro de la Torre, excesivamente liberal y progresista para el gusto de la mayoría de los políticos del viejo orden.

En las elecciones de 1916 obtuvo la victoria el radicalismo de Yrigoyen con el 45,59% de los votos, seguidos por los conservadores, que bajo el nombre de Concentración Conservadora u otros nombre locales, lograron el 20,47%. En tercer lugar, quedó el PDP con el 16,31% y cuarto el PS, que obtuvo el 8,85%.

El radicalismo que asumió el gobierno mostraba una situación paradójica. Si bien por un lado sus planteos concretos eran notoriamente generales y en los principales aspectos sociales y económicos no mostraba una ruptura con el régimen precedente, por el otro su continuo alejamiento del resto de los partidos en los años previos, junto con sus prácticas revolucionarias y su impugnación absoluta al orden conservador, lo llevaron a identificarse con la nación toda, sentir que eran la única causa justa y que venían a regenerar el país.

Esta tendencia a sentirse la única opción legítima, que llamamos *movimientista*, se fortaleció por la incapacidad de los sectores conservadores de articular un partido nacional, manteniéndose como grupos provinciales que entraron rápidamente en decadencia. Asimismo, tanto el PDP como el PS no lograron dejar de ser meras agrupaciones

locales de Santa Fe y de la Ciudad de Buenos Aires, organizadas y programáticas pero incapaces de extenderse fuera de sus territorios originarios. La oposición así desarticulada no pudo impedir que el nuevo presidente interviniese los gobiernos provinciales que no le eran fieles.

Las siguientes elecciones de renovación parlamentaria fueron acrecentando aún más el apoyo a la UCR, comenzando a consolidar un *sistema de partido predominante*. Esto llevó a que las luchas políticas, como había ocurrido en la década de 1880 en el PAN, se trasladaran al interior del partido gobernante, donde surgió una importante corriente, llamada antipersonalista, que criticaba el supuesto personalismo de Yrigoyen que, según ellos, impedía toda autonomía, toda acción programática y vida orgánica del partido. Por la magnitud que adquirió la disputa, Yrigoyen resolvió apoyar para las elecciones presidenciales de 1922 a Marcelo Torcuato de Alvear, quien por haber estado fuera del país en los años previos no había participado de los conflictos internos.

Una vez en el gobierno, Alvear comenzó a actuar independientemente del liderazgo de Yrigoyen y nombró a importantes dirigentes antipersonalistas en su gabinete. Éstos intentaron terminar con el yrigoyenismo, tanto en las cámaras legislativas y los gobiernos provinciales como en el partido. Para ello no dudaron en unirse a partidos opositores. Sin embargo, las dudas del presidente y el sólido predicamento del que gozaba Yrigoyen les impidieron lograrlo y fueron ellos mismos los que se apartaron del partido, constituyendo en 1924 el Comité Nacional de la Unión Cívica Radical Antipersonalista. Paralelamente, la oposición "externa" continuaba debilitándose: los conservadores siguieron fracturándose aun al interior de la provincia de Buenos Aires y los socialistas sufrieron, tras algunos años de éxito electoral, la fractura del sector que pasó a llamarse Partido Socialista Independiente en 1927. Esta peculiar configuración del sistema partidario se mostró con claridad en las elecciones legislativas de 1926 donde la UCR "oficial" obtuvo el 40% de los votos y su fracción antipersonalista logró el 26%.

Al acercarse las elecciones presidenciales de 1928, los antipersonalistas proclamaron su fórmula, conscientes de que su tarea sería la de impedir el retorno de Yrigoyen al gobierno. Mostrando la nueva dinámica del sistema de partidos, recibieron rápidamente el apoyo de todos los grupos conservadores. De esta manera, pareció lograrse el viejo sueño del partido orgánico de la derecha, aunque esta vez detrás de algunos de sus antiguos enemigos. Sin embargo, pronto quedó claro que el prestigio y la popularidad del líder radical no sólo no habían disminuido sino que incluso se habían acrecentado en los años en que estuvo fuera del gobierno. Así, obtuvo un impresionante 57,4% de los votos, al que le siguió la fórmula antipersonalista que alcanzó el 29,6%.

De esta manera, el sistema partidario mostró una tendencia al predominio radical: al fin y al cabo sus dos fórmulas alcanzaron casi el 90% de los sufragios, sólo contenida por el conflicto interno. A su vez, la UCR no sólo no resultó perjudicada por la escisión antipersonalista sino que salió fortalecida, ya que el abandono de esta fracción,



más bien aristocrática y conservadora, permitió conformar un partido de clase media más homogéneo, que representaba por ese entonces un buen ejemplo de una organización cercana al modelo partidario de masas que funcionaba como un *partido de inclusión* de ese sector social a la arena política.

Es interesante notar cómo la llegada de la democracia de masas a nuestro país, lejos de significar la constitución de una dimensión del conflicto del tipo izquierda-derecha en el sistema partidario, presentó la particularidad de organizar la lucha política bajo un conflicto propio, "yrigoyenismo-antiyrigoyenismo", que si bien tenía algunos puntos de contacto con aquél era irreductible. Fue este conflicto (o *clivaje*) el que realmente articuló el campo político, configurando sus lenguajes y explicando sus pautas de competencia y cooperación interpartidarias.

Al poco tiempo de asumir Yrigoyen, se sucedieron varios hechos de violencia política que polarizaron aún más a los sectores conservadores y antipersonalistas, que no podían superar la reelección de su máximo enemigo. Pero el proceso adquirió su dramatismo básicamente por el impacto negativo que tuvo la crisis económica mundial de 1929 sobre la economía argentina, sumamente dependiente del comercio exterior. Los problemas económicos más cierta incapacidad del gobierno para afrontarlos fueron generando un creciente descontento en los sectores superiores de la escala social. Descontento que se demostró en las elecciones legislativas de 1930, en la que si bien el oficialismo se impuso, lo hizo con márgenes muy inferiores a los alcanzados dos años atrás. Por su parte, la victoria del PS Independiente en la Ciudad de Buenos Aires, con su fuerte prédica antipersonalista, mostró la fuerza que la oposición ganaba en los sectores más acomodados de las clases medias urbanas. Así, antipersonalistas, socialistas independientes y conservadores comenzaron a exigir la renuncia del presidente, abriendo paso al inicio del gran drama argentino del siglo XX: los golpes militares.

En 1930, el general José Félix Uriburu, impulsado por el clima de opinión creado por los partidos opositores, las centrales empresarias y los periódicos más importantes, impulsó el alzamiento militar que depuso a Yrigoyen. Inspirado por las crecientes ideas nacionalistas de derecha que crecían en Europa, Uriburu intentó construir un sistema corporativo *antipartidario*. Sin embargo, rápidamente quedó claro que sus apoyos sociales no simpatizaban con esos planteos y debió convocar a nuevas elecciones a fines de 1931. En ellas, con la proscripción de Alvear, candidato de la UCR, triunfó el general Agustín P. Justo, un ex militar antipersonalista que había creado la Concordancia, alianza constituida por la UCR antipersonalista, los diversos partidos conservadores y socialistas independientes.

Con la presidencia de Justo se inició un período caracterizado como la "década infame". Durante dicho lapso, la Concordancia mantuvo el gobierno basándose en la aplicación del fraude electoral, la proscripción de opositores, las declaraciones de estado de sitio y las intervenciones federales, configurando un *sistema de par...*

*hegemónico* en el que había elecciones pero éstas no eran realmente competitivas y constituían poco más que una fachada.<sup>11</sup> Las elecciones de 1937 otorgaron nuevamente el triunfo a la fórmula de la Concordancia, conformada por el antipersonalista Roberto Ortiz y el conservador Ramón Castillo, que se impuso mediante un fraude masivo y evidente (reconocido incluso por sus beneficiarios) sobre Alvear.

El presidente Ortiz intentó avanzar en la normalización electoral, pero con su enfermedad y posterior renuncia, y la asunción de Castillo en 1940, el proceso se frustró. Esto, sumado a la muerte de Justo, debilitó a los antipersonalistas y fortaleció a los sectores conservadores que integraban la Concordancia (que finalmente, habían constituido un partido nacional, el Partido Demócrata Nacional, PDN en 1931) y ocupaban todos los principales cargos del gabinete del nuevo gobierno. Al llamado “fraude patriótico” se le sumaron en esos años continuas prácticas de corrupción en el gobierno nacional y en los provinciales.

No obstante, el creciente descontento con el oficialismo no fortaleció a la oposición. La UCR no se recuperaba de sus continuos fracasos y se sumergía en una profunda crisis, en la que los sectores intransigentes, encabezados por Amadeo Sabattini, señalaban la inutilidad de presentarse a elecciones arregladas. Asimismo, los socialistas y el PDP continuaban siendo expresiones locales. Todo esto fue fortaleciendo el clima *antipartidario* que estaba presente desde la década de 1930 e impulsaba a los sectores nacionalistas en su prédica a favor de la Nación y en contra del “partidismo corrupto”. Finalmente, la decisión de Castillo y el PDN de impulsar la candidatura de un dirigente conservador que impulsaba la participación del país en la guerra mundial junto al bando aliado, y que era visto como un señor feudal corrupto y fraudulento, desencadenó un nuevo alzamiento militar en 1943.

El país que existía en esa época era muy distinto al de 1930. Dos grandes procesos, la industrialización y la urbanización, lo habían cambiado profundamente. Las restricciones económicas surgidas a partir de la crisis mundial de 1929 habían generado un fuerte impulso al proceso de industrialización por sustitución de importaciones, impulso que se fortaleció aún más con el inicio de la segunda guerra mundial. La industria generó, a su vez, el aumento de la migración rural hacia las ciudades que crecían sin cesar. Los nuevos obreros industriales, despectivamente llamados “cabeceitas negras” por los sectores económicamente dominantes, se sumaron así a la clase obrera existente. Junto con el fortalecimiento de las antiguas organizaciones obreras (socialistas, anarquistas y comunistas) se fueron desarrollando nuevos sindicatos independientes en lo político pero muy activos gremialmente. Asimismo, la burguesía industrial crecía y comenzaba a disputar posiciones a los intereses agrarios tradicionales dentro de las clases superiores.

11. Estos procedimientos no eran ocultados discursivamente, ya que se los justificaba señalando la inmadurez del pueblo que lo hacía caer en una presunta “demagogia” en caso de realizarse elecciones competitivas.

Paralelamente, en el plano de las ideas los años treinta significaron la ruptura del núcleo de valores centrales que había existido prácticamente desde la caída de Rosas (Botana, 1985). En esos ochenta años ningún actor políticamente relevante había cuestionado el liberalismo económico que se expresaba en una economía abierta agroexportadora y en un estado reducido que velaba simplemente por el buen funcionamiento del mercado. La crisis económica, la industrialización, la difusión de las ideas nacionalistas y socialistas y, en general, la aparición en el mundo de una nueva configuración social, centrada en el papel regulador del estado en la economía, fracturaron el consenso ideológico de la Argentina conservadora.

En este nuevo marco social e ideológico tuvo lugar el golpe militar que llevaría a la presidencia a varios generales, en medio de fuertes disputas internas que concluirían con el fortalecimiento del sector que, autodenominado GOU, impulsaba el coronel Juan Domingo Perón. Este militar fue capaz de entender la nueva situación del país y desde su lugar, en la recientemente creada Secretaria de Trabajo y Previsión del gobierno del general Edelmiro Farrell, desarrolló una serie de acciones sociales dirigidas a mejorar la situación de los sectores obreros. Así, en pocos años se implementaron políticas sociales que en otros países llevaron décadas, como por ejemplo la creación del Instituto de Previsión Social, el establecimiento de los Tribunales del Trabajo, el Estatuto del Peón, la expansión del seguro social y las jubilaciones, entre otras.

El apoyo logrado por estas medidas sociales, sumado a una hábil política de seducción hacia los dirigentes sindicales, le permitió a Perón contar con un sólido apoyo político que jugó un papel crucial en los sucesos de octubre de 1945. En ese entonces, sectores militares espantados tanto por el "obrerismo" de la política oficial como por el creciente poder movilizador de la oposición, consiguieron que Farrell le pidiera la renuncia a Perón. Sin embargo, el 17 de ese mes, amplias masas obreras colmaron la Plaza de Mayo exigiendo el regreso de su líder, y Perón regresó fortalecido al gobierno.

El gobierno militar convocó a elecciones para el año siguiente, en la que los partidos opositores se congregaron en la Unión Democrática, que llevó a dos radicales en la fórmula, pero también compartió listas distritales con el PS, el PDP y el Partido Comunista (PC, en adelante). Estos cuatro partidos, que al fin y al cabo habían sido las víctimas políticas del fraude de la década anterior, no aceptaron la integración de los conservadores del PDN (a pesar de que habían participado de las concentraciones opositoras) que de todos modos terminaron apoyándolos. Frente a semejante rival, Perón se dedicó a organizar a sus propios partidarios y lo hizo en dos agrupamientos, el Partido Laborista y la UCR-Junta Renovadora (UCR-JR en adelante).

El Partido Laborista (PL, en adelante) se organizó a partir de los sindicatos y es, en lo organizativo e ideológico, el primer partido que corresponde totalmente al modelo de *partido de masas*. Copiando la estructura y los programas del laborismo inglés, se

construyó una sólida organización democrática y programática de la que Perón fue su primer afiliado. Por otro lado, Perón continuó sus intentos por obtener el apoyo de dirigentes radicales y rigoyenistas, como Sabattini. Si bien no consiguió el respaldo de ningún líder importante, logró que centenares de dirigentes medios se sumaran a su movimiento. Con ellos, más el aporte de algunos conservadores provinciales, socialistas, nacionalistas e independientes, constituyó la UCR-JR.

La campaña electoral se inició con una marcada desventaja para el nuevo movimiento, ya que si bien contaba con el apoyo oficial, debía enfrentar a prácticamente todos los partidos existentes, que poseían además la simpatía expresa de los grupos económicos, los principales medios de comunicación y el gobierno de los Estados Unidos. Finalmente, en 1946 la fórmula del PL y la UCR-JR se impuso por el 54% contra el 43% de la Unión Democrática y Perón se convirtió en el tercer presidente electo democráticamente de la historia argentina, ya que esas elecciones fueron las primeras desde 1928 en la que se respetaron las normas institucionales, y por ende existió un sistema partidario competitivo.

Perón asumió el gobierno y desde allí construyó el estado más cercano que conociera América Latina al modelo de bienestar keynesiano que proliferaba en la Europa de posguerra.<sup>12</sup> En su conjunto estas políticas fortalecieron al estado y redistribuyeron la riqueza en beneficio de los trabajadores, “los descamisados”, en el discurso peronista. Además, en lo social tuvo un gran peso la tarea realizada por la esposa de Perón, Eva Duarte (Evita), que fue transformándose en una figura central para el gobierno, por el masivo apoyo y cariño que recibía de los sectores más humildes. Asimismo, Eva Perón desarrolló un accionar decisivo para el reconocimiento de la igualdad de derechos políticos, civiles y sociales entre hombres y mujeres.

En el plano partidario Perón logró, no sin oposición, unificar a todos sus partidarios, constituyendo en 1946 el Partido Único de la Revolución Nacional, que al año siguiente pasó a denominarse Partido Peronista (PP, en adelante). Esta organización obtuvo una importante victoria en las elecciones parlamentarias de 1948. A su vez, los esfuerzos de Eva Perón consiguieron aprobar el verdadero voto universal en Argentina, con la inclusión de las mujeres y la consiguiente conformación del Partido Peronista Femenino, en 1949, del que ella misma sería su conductora. Ambas organizaciones, junto con la Confederación General del Trabajo (CGT), formaban oficialmente parte del Movimiento de la Revolución Nacional (después Movimiento Peronista), del que Perón era su jefe supremo.

Los partidos opositores no lograban recuperarse de su inesperada derrota electoral de 1946. Dentro de la UCR se dio un nuevo conflicto interno en el que esta vez

12. Un conjunto de reformas profundas se implementaron en pocos años, desde la nacionalización y la creación de empresas públicas, hasta el control del comercio exterior, pasando por las vacaciones pagas, los aumentos salariales, el aguinaldo y el fortalecimiento de las organizaciones sindicales.

los sectores intransigentes, que se habían opuesto a la Unión Democrática, lograron derrotar a los tradicionales y asumieron la prédica nacionalista del peronismo. Por su parte, el PS, que no había logrado siquiera un diputado, se encerró sobre sí mismo y fue perdiendo sus apoyos sociales en manos del naciente movimiento. Finalmente, los conservadores volvieron a reorganizar el PDN, pero no consiguieron detener su decadencia.

En el año 1949 el PP consiguió aprobar el llamado a la reforma constitucional y en esas elecciones se impuso con el 61% de los votos. La nueva Carta Magna incorporó, además de la reelección presidencial indefinida, los derechos sociales propios del constitucionalismo de posguerra, una serie de postulados económicos, como la función social de la propiedad privada y la elección directa del presidente y de los senadores. Esta reforma fue vista como ilegítima por los partidos opositores, que se retiraron de la Convención al momento de su aprobación. En las primeras elecciones directas y universales para presidente en 1951, Perón obtuvo su reelección con el 62,5% de los votos, seguido de lejos por la fórmula radical que obtuvo el 31,8%, el PDN, que logró apenas el 2%, y los socialistas y comunistas, que no alcanzaron el 1%.

Así, la segunda configuración democrática del sistema partidario muestra extremados algunos de los elementos típicos de la primera; el partido gobernante se vuelve claramente *predominante*, la principal dimensión del conflicto político lo ocupa un *clivaje* autóctono (“peronismo-antiperonismo”), los partidos opositores van perdiendo apoyo y radicalizan su posición, polarizándose y actuando como *partidos antisistema*. A su vez, el peronismo llevó a la práctica las ideas *movimientistas* que ya se hallaban presentes en el yrigoyenismo al identificarse a sí mismo con la Nación. Esto último se manifestó con claridad ante la inclusión de las “tres banderas peronistas” (justicia social, independencia económica y soberanía política) en la Constitución de 1949, y posteriormente cuando la doctrina del Movimiento Peronista fue declarada Doctrina Nacional. En el plano discursivo, los peronistas veían a sus opositores, a los que denominaban “gorilas”, como la antipatria o el antipueblo, que actuaban al servicio del imperialismo y de la oligarquía. Por su lado, los opositores entendían al peronismo como la versión criolla del nacionalsocialismo y a su líder como un “nuevo Rosas”, un tirano que mediante su demagogia sólo buscaba perpetuarse en el poder y controlar a toda la sociedad.

Las continuas derrotas electorales de los partidos opositores, profundizadas por el sistema electoral uninominal aprobado en 1951, fueron empujándolos hacia los bordes del sistema. En 1952 el 91% de las bancas de diputados y la totalidad de las de senadores eran ocupadas por el PP, que también controlaba todas las gobernaciones provinciales y casi todas las intendencias. Hacia 1953 el gobierno de Perón comenzó a debilitarse. A los efectos de la crisis económica que se vivía en la época y a la muerte de Eva Perón, se añadió la posición vacilante asumida por Perón frente al primer alzamiento militar en su contra y a los diversos actos de terrorismo cometidos por sectores

de la oposición<sup>13</sup>. A su vez, sectores que habían acompañado al peronismo desde sus inicios, como la Iglesia Católica, los industriales y parte importante de las Fuerzas Armadas, por diversos motivos se alejaron definitivamente del gobierno, que sin embargo logró mantener un apoyo popular mayoritario, como se demostró en las elecciones de 1954.<sup>14</sup> Finalmente en 1955, en un contexto de violencia creciente, ilustrado por el bombardeo sobre la Plaza de Mayo perpetrado por aviadores de la marina, que causó centenares de muertos,<sup>15</sup> nuevamente los militares dieron un golpe de estado, poniendo fin a la segunda experiencia democrática de nuestra historia. En el plano partidario el golpe contó con la adhesión de todos los partidos opositores, incluyendo a los que luego serían radicales intransigentes.

El general Eduardo Lonardi, que ocupó en un primer momento la presidencia con una política que buscaba la moderación, fue rápidamente desplazado por los sectores antiperonistas más duros, encabezados por el general Pedro Eugenio Aramburu. El nuevo gobierno desarrolló una política destinada a terminar con el peronismo, proscribiendo y persiguiendo a sus simpatizantes, prohibiendo por decreto sus nombres y símbolos, interviniendo la CGT, secuestrando el cadáver de Eva Perón y fusilando sin juicio previo a los militares y civiles que se alzaron en defensa del orden constitucional. Asimismo, convocó a elecciones de convencionales constituyentes para reemplazar la reforma de 1949 e introducir una serie de modificaciones importantes. En esas elecciones, con el peronismo obviamente proscrito, la UCR se presentó dividida, el sector intransigente mayoritario se constituyó en la UCR Intransigente (UCRI), presidida por Arturo Frondizi, mientras que la alianza entre unionistas y ex intransigentes, dirigida por Ricardo Balbín, se presentó como UCR del Pueblo (UCRP).

Si bien es cierto que esta división obedeció en buena medida a problemas de poder interno, y que ambos sectores habían apoyado el golpe de 1955, también lo es que el grupo que pasaría a denominarse UCR del Pueblo estaba mucho más próximo al

13. El 28 de septiembre de 1951 se produjo un levantamiento militar encabezado por Benjamín Menéndez que fue sofocado a las pocas horas. Pese al duro discurso pronunciado frente a una multitud en la Plaza de Mayo, Perón se limitó a dejar actuar a la justicia militar, que impuso leves penas a los complotados. El 15 de abril de 1953 un grupo de opositores "miembros del ala unionista de la UCR" (Luna, 1997) colocaron e hicieron estallar bombas en la Plaza de Mayo en un acto de la CGT, dejando como secuela 7 muertos y casi 90 heridos. Los responsables fueron condenados por la Justicia pero indultados por Perón poco después.

14. El 25 de abril de 1954 se realizaron elecciones para legisladores nacionales y provinciales y para cubrir la vacante causada por la muerte del Vicepresidente. Se impuso el PP con el 63%, seguido por la UCR, que alcanzó el 32%. La contundente victoria más el efecto del sistema electoral aprobado poco antes (ver Capítulo V) dieron como resultado que la oposición quedara marginada del Senado y que apenas 9 diputados no pertenecieran al peronismo.

15. El 16 de junio de 1955, militares de la Armada y parte de la Fuerza Área intentaron matar a Perón y sus ministros arrojando más de cien bombas, la mayoría sobre Plaza de Mayo y Plaza Colón. Más tarde, aviones militares ametrallaron a los transeúntes. Hubo más de 350 muertos. Los oficiales participantes huyeron al Uruguay en compañía de dirigentes políticos opositores.



gobierno militar –en el que ocupaba lugares importantes– y a su política de erradicación del peronismo que el grupo de Frondizi. Poco después, el PS se fracturaría de forma similar entre el Partido Socialista Argentino, con tendencias más nacionalistas, y el Partido Socialista Democrático, más antiperonista, liberal y cercano al gobierno militar.

Los resultados de las elecciones constituyentes de 1957 mostraron una división del electorado en tres tercios; resultando primeros los que votaron en blanco, siguiendo las instrucciones dadas por Perón desde el exilio, con el 24%; segundo los radicales del pueblo con el 24%, y terceros los intransigentes con el 21%. Con la proscripción del peronismo, el PS recuperó un caudal relativamente importante, obteniendo el 6%. Los conservadores, como era su costumbre, no lograron agruparse y obtuvieron resultados menores. La Convención resultó un fracaso para el gobierno militar; con el retiro de la UCRI y otros partidos, apenas consiguió restablecer la Constitución de 1853 y aprobar desordenadamente algunos derechos sociales, sin avanzar en las propuestas de Aramburu.

Para las elecciones presidenciales de 1958, Frondizi realizó en secreto un inesperado pacto con Perón, consciente de que sólo esos votos le permitirían acceder a la presidencia. El acuerdo consistía en que Perón convocaría a votar por los candidatos de la UCRI a cambio de que el nuevo gobierno dismantelara el andamiaje normativo antiperonista. A su vez, Frondizi combinó esta arriesgada jugada política con una amplia alianza con nacionalistas de derecha e izquierda que convivirían bajo las ideas del “desarrollismo” encarnadas por el candidato. Gracias a los votos peronistas, la UCRI se impuso en todo el país con el 45% de los votos, frente al 28,9% alcanzado por los radicales del pueblo.

El gobierno de Frondizi tuvo que enfrentar desde el inicio sus contradictorios apoyos. Así, rápidamente mostró que no pensaba cumplir el acuerdo realizado con Perón, para tranquilizar a los militares que no le perdonaban lo que consideraban una traición al golpe de 1955. Además, la política económica que bajo el rótulo de “desarrollista” buscaba industrializar y modernizar rápidamente al país, chocó contra los límites históricos de la dependencia de las exportaciones agrarias, girando hacia la ortodoxia económica. Esto, más el incumplimiento del acuerdo con Perón, generaron una ola de huelgas organizadas por los sindicatos que habían sido recuperados por los dirigentes peronistas.

Si bien los resultados de la elección parlamentaria de 1960 no fueron especialmente negativos para el oficialismo, la profundización de la crisis económica sumada a las tensiones que empezaban a generarse en el país como consecuencia de la Revolución Cubana y la consiguiente agitación militar, debilitaron aún más al gobierno de Frondizi. Finalmente, las elecciones de 1962 mostraron nuevamente al peronismo como principal fuerza política, presentándose esta vez como varios partidos provinciales. Los partidos neoperonistas vencieron en diez distritos, incluyendo la provincia de Buenos Aires, y si bien el presidente intentó intervenirlos ya no despertaba la confianza de ningún

actor, con lo que fue finalmente depuesto y reemplazado por el presidente del Senado José María Guido. Este intento de mostrar una mínima fachada institucional fue inmediatamente desmentido por el cierre del Congreso y las intervenciones provinciales.

El gobierno de Guido no fue más que el intento de conciliación permanente de los verdaderos gobernantes, las Fuerzas Armadas, que se encontraban profundamente divididas entre el sector Azul, más proclive a pensar una salida que incluyera en alguna medida al peronismo, y el sector Colorado, que reivindicaba el golpe de 1955 y no estaba dispuesto a aceptar el más mínimo intento de conciliación con Perón. La disputa entre ambos grupos incluyó levantamientos, movimientos de tropas y enfrentamientos armados con decenas de víctimas, mostrando el nivel de degradación que sufría todo el andamiaje institucional del estado argentino. Si bien el resultado fue la victoria militar del sector Azul, políticamente terminó fortaleciendo los planteos colorados y profundizó aún más la proscripción de Perón, ampliándola, “a quienes lo elogiasen o accedieran a entrevistas con él”.

En este marco, las elecciones de 1964 se realizaron finalmente con la proscripción del peronismo, que decidió votar nuevamente en blanco. En ellas resultó electo Arturo Illia (con un escaso 25%), candidato de la UCRP que se encontraba más próximo a las ideas de los militares colorados. La UCRI, con la candidatura de Oscar Alende, obtuvo el 16,4%. Los votos en blanco del peronismo totalizaron el 19,4%, lo que sumado a los sufragios obtenidos por diversos partidos neoperonistas, representaron casi el 30% del total. El gobierno de Illia sufrió así una permanente debilidad, no sólo por su escasa legitimidad de origen sino también porque el presidente no quiso complacer las aspiraciones de los sectores militares colorados que lo apoyaban. En ese sentido, se mantuvo en una permanente indefinición sobre la política a adoptar respecto a Perón. A su vez, su estilo de gestión, que privilegiaba los equilibrios partidarios internos y era poco propenso a entablar alianzas de cualquier tipo, resultó claramente contraproducente para su propia supervivencia.

Por su parte, el peronismo vivía una situación ambivalente. Por un lado, el primer intento de oposición fuerte al sistema de *pseudodemocracia* que se había instaurado en 1955, la llamada “resistencia peronista”, había dado lugar paulatinamente a un esquema más cambiante en el que proliferaban los partidos neoperonistas que mantenían una gran autonomía frente al líder exiliado. Por el otro, los dirigentes sindicales que habían recuperado el control de sus organizaciones empezaban a cuestionar en los hechos las decisiones de Perón y a construir un poder propio alrededor de Augusto Vandor, de la Unión Obrera Metalúrgica. Así, en algunas elecciones provinciales se habían enfrentado partidos neoperonistas, apoyados por Vandor, con los que seguían fieles al ex presidente. Más allá de tal situación, lo cierto es que si bien las distintas tácticas implementadas (resistencia, abstención, voto en blanco, partidos neoperonistas o acuerdos con otros partidos) permitieron demostrar el poder popular del peronismo, ninguna parecía poder terminar con la proscripción y el exilio del líder. En los hechos

se había establecido una configuración política, que Guillermo O'Donnell (1973: 169-203) certeramente llamó "el juego imposible", dando cuenta de una situación de empaques y bloqueos mutuos entre los principales actores del sistema.

En las Fuerzas Armadas crecía la convicción de no poder seguir actuando con un sistema de partidos truncado, que desde 1955 se había demostrado incapaz de superar su "regla fundamental": la exclusión del partido mayoritario. A su vez, varios hechos se conjugaban en el país, convulsionando el clima ideológico.<sup>16</sup> En este marco, los militares se vinculaban cada vez más con las ideas de "fronteras ideológicas" y "guerra interna", difundidas con ahínco por Estados Unidos para detener el avance de los movimientos izquierdistas en América Latina. Desde estas posturas se consideraban legítimos los golpes de estado contra gobiernos que no quisiesen o pudiesen defender los valores "occidentales y cristianos".

La victoria electoral de los partidos neoperonistas en las elecciones parlamentarias de 1965 selló la suerte del gobierno de Illia, quien fue derrocado a mediados del año siguiente. El golpe de 1966 tuvo características novedosas al originar una dictadura que no se consideraba a sí misma como una mera instancia de normalización del funcionamiento de la democracia, sino como una etapa refundacional del país a la que se denominó "Revolución Argentina". Así, Juan Carlos Onganía, líder de la fracción Azul del ejército que asumió la presidencia, juró por "los fines revolucionarios, el Estatuto de la Revolución y...", en tercer y último lugar, "...por la Constitución Nacional". Se disolvió el Congreso, se destituyó a los miembros de la Corte Suprema de Justicia y se suprimieron todos los partidos políticos. La competencia partidaria quedaba así totalmente abolida.

El nuevo gobierno se dio la tarea de reorganizar el país en un proceso que tomaría al menos quince años. Orientados por un saber tecnocrático y antipolítico que despreciaba a los partidos y temía a la sociedad plural, los nuevos gobernantes implementaron una serie de políticas represivas que fueron desde la intervención de las universidades públicas, consideradas focos de la rebelión marxista, hasta la prohibición del uso de la minifalda.

El vandomismo, que en un principio había visto con agrado y acompañado al nuevo gobierno por considerarlo un mejor escenario para acrecentar su papel de actor autónomo de Perón, rápidamente comenzó a experimentar su naturaleza represiva. Así, las primeras acciones sindicales reivindicativas provocaron la intervención directa del gobierno en los gremios. El modelo construido por Vandor de "golpear y negociar" demostró su incapacidad para moverse en el nuevo escenario. Sin embargo, el debilitamiento de la burocracia vandomista, contra lo esperado por el gobierno, abrió

16. Podemos enumerar al prestigio creciente de la Revolución Cubana, al impacto de la figura del guerrillero argentino Ernesto "Che" Guevara y, en general, al fortalecimiento en el mundo de las ideas alternativas y revolucionarias que desde la cultura juvenil proclamaban el final de la sociedad burguesa y la llegada del hombre nuevo.

las puertas para el surgimiento de nuevas direcciones sindicales, más independientes y combativas, que en el congreso de la CGT de 1968 impusieron al dirigente gráfico Raimundo Ongaro como nuevo secretario general de la organización, que pasó a llamarse CGT de los Argentinos.

La desorientación de los principales actores políticos frente a la aparente fortaleza del nuevo gobierno se terminó en mayo de 1969, cuando una movilización de obreros industriales acompañada por el estudiantado en la ciudad de Córdoba derrotó a la policía y controló la ciudad. Este hecho, que se conoce como el “Cordobazo”, además de demostrar los límites de la estrategia del gobierno, impactó fuertemente sobre la militancia política y social, que a partir de ese momento comenzó a percibir la acción directa y la llamada “violencia de abajo” (que se contraponía a la “violencia de arriba”) como una herramienta útil en la lucha contra la dictadura.<sup>17</sup> Surgía así la participación creciente de grandes sectores juveniles que cuestionaban el reformismo de los partidos tradicionales en nombre de un compromiso y una mística revolucionaria de transformación social.

En este contexto político e ideológico, aparecieron en nuestro país los primeros grupos guerrilleros, compuestos por jóvenes que habían sido testigos de los años de pseudodemocracia en los que la debilidad de los dirigentes políticos contrastaba con la arrogancia de quienes tenían a su favor las armas. Desde el espacio del peronismo, un grupo cercano a la CGT de los Argentinos y a los sectores “duros” antivandoristas fundó en 1968 las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP), que si bien fueron rápidamente desarticuladas, sirvieron de preanuncio de la etapa que nacía. Al año siguiente, sectores provenientes de la izquierda tradicional organizan el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP). Rápidamente la escena política se fue colmando de nuevas siglas de organizaciones guerrilleras (ELN, FAL, etc.), demostrando la paradoja de un gobierno que prohibía a los partidos políticos pero que era incapaz de detener, siquiera de comprender, las nuevas manifestaciones de una participación política juvenil que se entendía a sí misma como “brazo armado” de un pueblo reprimido.

El gobierno de Onganía, que aun debilitado había sido capaz de mantenerse, cayó poco después como consecuencia de la primera acción de un nuevo grupo guerrillero de orientación peronista, los Montoneros, tras el secuestro y muerte de Aramburu en mayo de 1970. Este hecho tuvo un impacto cualitativamente diferente a los que venían realizando otras organizaciones (Sarlo, 2003: 134-200). El general Aramburu era visto por el peronismo como el máximo responsable de la revolución de 1955, de la

17. A su vez, la cercana muerte de Guevara en Bolivia, la creciente influencia de la Teología de la Liberación que hacía expreso el compromiso cristiano con los pobres, las organizaciones guerrilleras que actuaban en países vecinos como Los Tupamaros, en Uruguay, las movilizaciones juveniles del año anterior con su epicentro en París y el poderoso movimiento que se oponía a la guerra de Vietnam, fortalecían el camino de la rebelión directa contra el orden mundial que se percibía como agotado.

persecución y proscripción del movimiento y de los fusilamientos de esos años, por lo que el hecho despertó un fuerte apoyo dentro de los seguidores del ex presidente, siendo reivindicado por el mismo Perón poco tiempo después.

Desde su exilio en Madrid, Perón comprendió que estos nuevos actores que se proclamaban peronistas podían ser una herramienta fundamental, tanto para anular a los sectores acuerdistas, que continuaban sus diálogos con el gobierno, como para presionar eficazmente por una salida definitiva al ciclo de proscripciones e inestabilidad abierto en 1955. Así, calificándolos como “formaciones especiales” y llamándolos “juventud maravillosa”, les abrió las puertas del movimiento peronista en el que él volvía a ocupar el centro absoluto, marginando a los “dialoguistas” rebeldes.

Mientras tanto, el nuevo presidente militar, Roberto Levingston, intentaba con una política económica más nacionalista y a partir de acercamientos con algunos dirigentes políticos reencauzar la Revolución Argentina. Sin embargo, el fortalecimiento del peronismo en general, y de su sector juvenil en especial, frustró los intentos del gobierno de “superar a los partidos tradicionales” y forzó a un nuevo recambio interno que condujo a Alejandro Agustín Lanusse a la presidencia.

Lanusse, del sector liberal de las fuerzas armadas, renunció a todo intento reorganizador y se dedicó a construir una salida ordenada, que con la exclusión de Perón y con un papel preponderante de los militares, lograra frenar el proceso de radicalización política. Su intento, el Gran Acuerdo Nacional (GAN), que contó con el apoyo de sectores importantes de la UCR tradicional y algunos peronistas “dialoguistas”, contemplaba una elección democrática a cambio de la renuncia explícita de Perón a toda candidatura y de su condena a los grupos guerrilleros. Pero los cuestionamientos que recibió al interior de la UCR y de los otros partidos no peronistas, sumados al poder creciente de los sectores duros del peronismo que se encolumnaban detrás de Perón, hirieron de muerte esta iniciativa que parecía responder a un contexto de diez años atrás.

Al interior del peronismo, la organización Montoneros no paraba de crecer y ganar legitimidad popular, a pesar de haber sido casi desarticulada en sus orígenes (Gillespie, 2008: 155-196). A su alrededor se constituyeron una serie de “frentes de masas” —como se decía en la época— que encuadraban a miles de jóvenes, como la Juventud Peronista (JP), y que eran el centro de la llamada Tendencia Revolucionaria. A su vez, en el sindicalismo se fortaleció un grupo leal a Perón que recuperó el control de la CGT. En este contexto Perón nombró una conducción del Movimiento Nacional Justicialista hegemonizada por los sectores duros y comenzó a preparar su ansiado regreso al país.

Lanusse impulsó dos estrategias paralelas. Por un lado, encaró una serie de reformas legales que cambiaron el sistema electoral<sup>18</sup> y fijó un plazo mínimo de residencia

18. Estas reformas fijaron la necesidad de una segunda vuelta electoral en el caso de que ningún candidato lograra el 50% de los votos, albergando la esperanza de que alguna candidatura minoritaria no peronista (la máxima, la suya propia; de mínima, la radical) congregara la mayoría en la segunda instancia.

en el país que dificultaba la candidatura de Perón. Pero desarrolló paralelamente una serie de acciones que sugerían que, en caso de ganar el peronismo, las elecciones se dejarían sin efecto, tal como había ocurrido varias veces en los últimos años. No obstante, ahora el contexto era claramente diferente. Por un lado, el peronismo se mostraba mucho más monolítico que antaño con el debilitamiento de los acuerdistas, y por el otro, la creciente fuerza y la legitimidad de las organizaciones guerrilleras hacían que muchos entendiesen que sin una rápida salida el conjunto de la juventud argentina se sumaría a la lucha armada. Así, según una encuesta de IPSA, ya a fines de 1971 casi el 50% de la población justificaba la violencia revolucionaria (O'Donnell, 1982: 463-466).<sup>19</sup> Los márgenes para la acción de los militares parecían reducirse como nunca.

El 17 de noviembre de 1972, después de diecisiete años de exilio, Perón arribó a la Argentina en medio del enorme júbilo de sus seguidores. Su foto, rodeado de sus principales partidarios en la pista del aeropuerto de Ezeiza, tuvo un enorme impacto al demostrar el fracaso de todo lo hecho por sus opositores desde 1955. Rápidamente se convirtió en el eje de la política partidaria argentina y conformó una coalición, el Frente Justicialista de Liberación (FREJULI), con sectores desarrollistas, socialistas, democristianos y conservadores populares. Con el impedimento que la cláusula de residencia imponía a Perón, el FREJULI postuló a Héctor Cámpora como candidato a presidente. Finalmente, el Partido Intransigente, un desprendimiento de la UCRI, no se integró al FREJULI por disputas de cargos y junto a otros grupos democristianos constituyeron la Alianza Revolucionaria Popular (APR), que recibió el apoyo del Partido Comunista. Los sectores de la derecha lograron presentar una oferta común, la Alianza Popular Federalista (APF). Los radicales, tras reivindicar su vieja idea aislacionista y sin dejarse tentar por los esfuerzos unitarios del gobierno, se presentaron solos con la candidatura de su líder, Ricardo Balbín.

Los resultados de las elecciones del 11 de marzo de 1973, las primeras democráticas en veinte años, terminaron con las dudas y quebraron el juego imposible instaurado en 1955. Cámpora logró la presidencia con el 49% de los votos, más del doble que su inmediato perseguidor, Balbín. Éste alcanzó apenas el 21%, dejando sin efecto práctico toda tentativa de segunda vuelta. La APF obtuvo el 14% y la APR el 7%. Asimismo, el FREJULI consiguió casi todas las gobernaciones y la mayoría absoluta en ambas cámaras. Después de casi dieciocho años de proscripción y de persecución, el peronismo volvía a demostrar que era la fuerza mayoritaria del país.

Sin embargo, el peronismo que ocupó el gobierno en mayo era una fuerza convulsionada por fuertes enfrentamientos internos, y a raíz de ello dependía absolutamente de la habilidad de su líder para mantenerse estable. La conducción del poderoso sector juvenil estaba constituida por jóvenes de menos de 25 años que, habiendo vivido

19. Incluso entre los jóvenes la aceptación era superior, llegando al 68% y 76% entre los respondientes de entre 18 y 24 años en Córdoba y Rosario, respectivamente (O'Donnell, 1982:465).



prácticamente toda su vida política en la clandestinidad, carecían de experiencia y formación política. Los grupos sindicales veían con creciente desconfianza las prácticas e ideas de estos nuevos actores que los despreciaban. A su vez, los viejos políticos peronistas que habían ocupado un rol secundario en los últimos veinte años se encontraban sin lugar entre los poderosos aparatos sindicales y las masivas organizaciones juveniles. En la cúspide organizativa, Perón seguía demostrando sus reflejos políticos pero no podía ocultar ya las limitaciones de su edad (tenía en ese entonces 77 años) y su deteriorada salud. Esta precariedad institucional fue aprovechada por un grupo marginal de ultraderecha que era conducido por la extraña figura de José López Rega, secretario personal y mucamo de Perón, que tenía gran influencia sobre su esposa Isabel.

La falta de experiencia de los sectores juveniles que equivocadamente se sentían los únicos dueños del regreso de Perón y del triunfo electoral fue hábilmente utilizada por López Rega, quien logró potenciar los enfrentamientos con el sindicalismo e, incluso, con el mismo Perón. Cámpora, cuyo gobierno estaba cercano a los grupos de la juventud, terminó por renunciar a la presidencia después de los dramáticos sucesos conocidos como la Masacre de Ezeiza. En dicha oportunidad, la movilización más grande de la historia argentina, que se había convocado para esperar el regreso definitivo de Perón al país, concluyó en un fuerte tiroteo realizado por los sectores de ultra derecha que controlaban la seguridad del palco sobre las masivas columnas de la JP para impedirles que ocuparan los espacios centrales del acto.<sup>20</sup> Tras la renuncia de Cámpora se convocaron a nuevas elecciones, que consagraron finalmente a Perón por tercera vez presidente con el 62% de los votos, casi triplicando el 24% de la fórmula de la UCR. En la fórmula, Perón fue acompañado por su mujer, Isabel.

Si bien la política económica diseñada por Perón, el Pacto Social, mostraba su eficacia, la dinámica del juego político interno del peronismo se tornaba cada vez más violenta e inmanejable para el mismo presidente electo. Así, pocos días después de la elección, grupos de izquierda cercanos a los Montoneros, o quizás ellos mismos, asesinaron a José Ignacio Rucci<sup>21</sup>, Secretario General de la CGT y uno de los artífices del regreso de Perón, lo cual significó una ruptura clara con el líder. Desde el Ministerio de Bienestar Social, López Rega continuó con su accionar terrorista de asesinar a militantes de la izquierda peronista y perseguir en general a todo aquel que simpatizara con esas ideas, a partir de la creación del grupo paraestatal alianza anticomunista argentina, conocido como la "Triple A". En un contexto cada vez más *polarizado* fracasaron

20. Las estimaciones de la prensa, que nunca pudieron ser corroboradas por falta de investigación oficial, hablaban de 15 muertos y 365 heridos.

21. Si bien la organización nunca se atribuyó oficialmente el hecho y pareció incluso lamentarlo públicamente los días siguientes, lo cierto es que su asesinato fue reivindicado en las consignas cantadas masivamente en las movilizaciones juveniles. Algunas fuentes señalan que el hecho pudo haber sido realizado por las FAR, Fuerzas Armadas Revolucionarias, grupo guerrillero que estaba en proceso de fusionarse con Montoneros o por la Columna Sabino Navarro, disidente de la organización (Gillespie, 2008: 330-331).

los intentos de moderación impulsados por diversos referentes “institucionalistas” del peronismo y de la propia tendencia revolucionaria. Éstos pretendían evitar la ruptura definitiva, que terminaría por ocurrir en el acto del 1º de mayo de 1974, cuando las multitudinarias columnas de la JP abandonaron la Plaza de Mayo frente a un Perón que los acusó de “estúpidos e imberbes”.

Si bien el Presidente intentó moderar la situación pocos días después, el 12 de junio, en su último discurso público, su muerte, ocurrida el 1º de julio de ese mismo año, y la asunción de Isabel Perón le quitaron toda racionalidad al proceso, ya que se permitió que las actividades de los grupos ultraderechistas “paraestatales” de López Rega alcanzaran dimensiones inusitadas. A su vez, la organización Montoneros, frente a las continuas muertes de sus miembros, decidió pasar a la clandestinidad. Esto resultó en una profundización de su militarización y la pérdida del contacto permanente con su base militante. Por su parte la guerrilla no peronista, el ERP, que no había suspendido ni un día su accionar violento pese al retorno democrático, profundizó las acciones que ya venía realizando, como la toma de comisarías policiales y cuarteles militares.

En lo económico, el gobierno de Isabel Perón rápidamente terminó con el Pacto Social y en lo político profundizó la exclusión de todo sector que no fuese absolutamente “verticalista”. Manteniendo una política fuertemente represiva frente a la izquierda y aislándose de otros sectores, tanto del peronismo como de los otros partidos, el gobierno terminó incluso enfrentándose al sindicalismo peronista tras implementar una política económica ortodoxa cercana a las ideas de los grupos económicos más concentrados. Para complicar más el panorama, estas políticas no lograron frenar el descontrol de las principales variables económicas. Finalmente, después de la primera huelga general a un gobierno peronista y una importante movilización a Plaza de Mayo, el sindicalismo impuso la salida de López Rega del gobierno en 1975. Como se observa, buena parte de la competencia político-partidaria ocurría al interior del propio peronismo.

Los últimos meses del gobierno de Isabel Perón fueron caóticos. Su evidente incapacidad, sumada al progresivo deterioro de la situación económica y al crecimiento de las actividades violentas, tanto de las organizaciones guerrilleras como de los grupos de tareas paraestatales de la ultraderecha, apresuraron el regreso de unas Fuerzas Armadas ya totalmente subordinadas a las estrategias antsubversivas que se propagaban por la región desde el golpe de estado que había derribado a Salvador Allende en Chile. La mayoría de los actores políticos no logró acordar una salida y terminaron por ser meros espectadores de un drama que parecía tener final anunciado. Así, el 24 de marzo de 1976 el golpe militar abrió las puertas a la dictadura más sangrienta de la historia argentina, anulando nuevamente la competencia partidaria.

Esta dictadura asumió el control del gobierno en representación de las fuerzas armadas como institución. Desde el estado se puso en marcha una política represiva

de un nivel tan alto de crueldad y extensión que fue caracterizada como “terrorismo de estado”. Se perseguía el doble propósito de exterminar a la izquierda y de desestructurar las bases sociales de la “Argentina peronista”: las organizaciones sindicales y las industrias nacionales. Asimismo, en lo que fue una experiencia inédita en la historia argentina, la represión se realizó totalmente por fuera de la misma normativa de la dictadura y a través de procedimientos clandestinos y operaciones secretas. Ello dio como resultado decenas de miles de “desaparecidos” y secuestrados junto con otros miles que tuvieron que escapar al exilio o esconderse en su propio país, frente a un estado que negaba la existencia de todo esto y una Justicia maniatada que no quería ver lo que ocurría.

Si bien en los primeros años de la dictadura sólo los miembros de las organizaciones guerrilleras (rápidamente desarticuladas) y los familiares de las víctimas del terrorismo de estado se atrevieron a oponérsele abiertamente, a partir del año 1979 algunos grupos sindicales y partidarios empezaron a movilizarse en contra del gobierno de facto. En ese año, el Partido Justicialista entregó a la Comisión Interamericana de Derechos Humanos un documento denunciando las múltiples violaciones a los derechos humanos que ocurrían en el país. En 1981, el PJ, la UCR, el Partido Intransigente, la Democracia Cristiana y el Movimiento de Integración y Desarrollo formaron la “Multipartidaria”, una confluencia de los principales partidos políticos para influir sobre el gobierno militar en procura de una vuelta a la democracia. La Multipartidaria incluso elaboró documentos sobre distintas áreas de políticas públicas que todos los partidos se comprometían a defender.

En este contexto, y amparados por el evidente fracaso de una política económica liberal ortodoxa que generó un profundo proceso de endeudamiento externo, desindustrialización y vaciamiento de las empresas estatales, los sectores opositores desarrollaron actividades importantes a fines de 1981 y principios del año siguiente. En marzo de 1982 una huelga general convocada por la CGT terminó con una violenta represión en la Plaza de Mayo. La dictadura, consciente de su debilidad, intentó un “salto al vacío”, invadiendo las Islas Malvinas y buscando así acallar con un llamado al patriotismo los reclamos opositores. Si bien la mayoría de los integrantes de la Multipartidaria apoyó la invasión, no cesaron en su reclamo por la democratización del país.

La derrota en la guerra marcó el derrumbe del gobierno militar. Los partidos intensificaron su presión, especialmente los sectores que rechazaban cualquier posible amnistía. La dictadura tuvo que organizar desordenadamente su retirada y llamar a elecciones para finales del año siguiente, al tiempo que iban tomando estado público las aberraciones cometidas por el terrorismo de estado. De esta manera volvía a abrirse la competencia partidaria en la Argentina. La recuperación democrática generó un verdadero renacer del entusiasmo en los partidos, reflejado en la masiva participación política.<sup>22</sup>

22. La intensa campaña de afiliación política generó que, al cabo de pocos meses, el PJ contara con 3 millones de afiliados y la UCR con 1.4 millón. Asimismo, los actos de cierre de campaña de ambos partidos contaron con la presencia de casi un millón de personas, cifras rara vez alcanzadas en la historia argentina.

En esos años la durísima experiencia de la dictadura llevó a los actores a reconocer el valor de cuestiones tales como la tolerancia y la diversidad, que habían estado ausentes en todos los episodios democráticos anteriores. Temas como la democracia, el pluralismo, o los mismos derechos civiles dejaron de entenderse como meros medios para transformarse en verdaderos fines en sí mismos. A su vez, la valiente lucha de las organizaciones de derechos humanos durante los años más duros, especialmente las Madres y las Abuelas de Plaza de Mayo, rindió sus frutos y el “Nunca Más” a los golpes militares y al terrorismo de estado se inscribió fuertemente en la conciencia colectiva.

El sistema partidario del período democrático que se inició en 1983 mostró una radical diferencia en sus aspectos centrales con los períodos previos. En primer lugar, la distancia ideológica se redujo notablemente y el sistema perdió su condición de polarizado para comportarse de acuerdo con las características usuales de los *sistemas moderados*: competencia centrípeta (hacia el centro en vez de hacia los extremos), ausencia de partidos antisistema, escasa distancia ideológica entre los partidos, etcétera. En segundo lugar, el sistema se volvió más complejo en tanto ya no hubo una sola dimensión de conflicto que sobreimpresionara una lógica a todas las demás. Asimismo el número efectivo de partidos cambió cualitativamente al surgir “terceros” partidos importantes, e incluso uno de ellos, el Frente Grande/FREPASO, llegó a desplazar a un inesperado tercer lugar a la UCR, uno de los dos partidos históricos, en 1995.

Los resultados de las elecciones de 1983 constituyeron una sorpresa para los analistas, al obtener la victoria el candidato de la UCR, Raúl Alfonsín. Con el 52% de los votos, un discurso de centroizquierda y una posición muy dura con respecto a los militares, derrotó por primera vez en la historia en elecciones libres al justicialismo, que obtuvo sólo un 40%. Alfonsín se convirtió así en el primer radical que desde 1928 llegaba al gobierno democráticamente, en elecciones plenamente libres y competitivas.

Como producto de su derrota electoral, se inició en el peronismo un proceso de disputa interna y transformación política, conocido como “la Renovación Peronista”, que en medio de fuertes debates produjo una serie de cambios que condujeron a su *institucionalización* como partido político. El conflicto interno se dio entre el sector “ortodoxo” –cercano a los líderes del sindicalismo tradicional y acusado por sus rivales de ser el causante de la derrota de 1983– y el grupo llamado “renovador”. La disputa no fue estrictamente un proceso de lucha ideológica sino un intento por “renovar” las formas organizativas del PJ, haciendo de él un partido con un formato organizativo más cercano al de otras fuerzas<sup>23</sup> y alejándolo de la influencia de las cúpulas sindicales. Sin embargo, la misma mutación significaba implícitamente un

23. Levitsky (2003) define al peronismo como un *partido informal de masas*, destacando que, como los partidos burocráticos de masas europeos, cuenta con una vasta red de agrupaciones territoriales que lo integran, pero que éstas no están organizadas burocráticamente en una estructura piramidal institucionalizada.

reconocimiento de las instituciones formales de la democracia como elementos valiosos e importantes de la disputa política.

La UCR en el gobierno respetó su promesa de no amnistiar a los miembros de la dictadura, e impulsó el histórico Juicio a las Juntas Militares que concluyó con la condena a los líderes del proceso militar.<sup>24</sup> En el plano económico, Alfonsín adoptó inicialmente medidas heterodoxas que buscaban elevar la demanda agregada mediante el crecimiento de los salarios; sin embargo, en 1985 debió aplicar una política más ortodoxa (conocida como “Plan Austral”) para contener la inflación, el crecimiento del déficit fiscal y de la deuda externa. Pese al éxito inicial de este plan, un rebrote inflacionario condujo a una intensificación de las medidas ortodoxas con el “Plan Primavera” de 1988, que tampoco pudo evitar la crisis hiperinflacionaria posterior.

En el plano político y discursivo, Alfonsín pareció retomar algunos de los elementos de las configuraciones partidarias previas. Alfonsín señaló la conformación de lo que él llamaba “el tercer movimiento histórico”, heredero del yrigoyenismo y del peronismo. El peso de la historia pareció retornar cuando desde la presidencia empezó a hablarse de la necesidad de reformar la Constitución Nacional, a los fines de posibilitar la reelección del primer mandatario.<sup>25</sup>

Parecía por entonces que los partidos argentinos eran presa del histórico *bipartidismo predominante* más allá de las intenciones de los actores. Pero un hecho coyuntural frustró definitivamente los sueños de grandeza del naciente alfonsinismo, ya que sorpresivamente el peronismo ganó con el 43% las elecciones de renovación parlamentaria y las de gobernadores de 1987, al tiempo que logró colocar al renovador Antonio Cafiero al frente de la gobernación de la provincia de Buenos Aires, el estado más importante del país. Este hecho dejó en claro que la nueva configuración partidaria –un *bipartidismo* tradicional, con dos opciones más o menos próximas que disputan el centro del electorado y con posibilidad real de alternancia– había llegado para quedarse y no era un simple interregno entre dos “movimientos históricos”. De todas maneras, el bipartidismo entre radicales y peronistas, y la existencia de un gobierno de un solo partido, indicaba el carácter cerrado y predecible de la competencia partidaria.

La culminación del proceso de renovación del PJ llegó en 1988, cuando el partido eligió por votación directa de sus afiliados al candidato presidencial. Los resultados

24. Ante la creciente presión militar, Alfonsín propuso en 1986 la Ley de Punto Final, cuya aprobación por el Congreso detuvo los procesos judiciales todavía en marcha. En el mismo sentido, tras nuevos levantamientos militares, en 1987 se sancionó la Ley de Obediencia Debida, que eximía a los militares por debajo del grado de coronel de los delitos cometidos durante la dictadura. Ambas leyes fueron anuladas en el año 2003, reabriendo las puertas para el juzgamiento de los represores.

25. Estos objetivos cobraron impulso ante el éxito inicial del Plan Austral y tras las elecciones de renovación legislativa de 1985, donde la UCR se impuso con el 42% de los votos sobre un peronismo dividido, cuyas distintas facciones alcanzaron el 34%.

fueron una nueva sorpresa en el escenario político argentino: Cafiero fue derrotado por el gobernador de la pequeña provincia de La Rioja, Carlos Menem, quien a pesar de haber sido parte de la renovación contó con el apoyo de los sectores ortodoxos.<sup>26</sup>

Los distintos sectores del PJ se reacomodaron a la nueva situación y sin demasiado sobresalto acompañaron la campaña electoral de Menem, quien en mayo de 1989 derrotó al candidato radical, Eduardo Angeloz.<sup>27</sup> La gravísima situación económica por la que atravesaba el país, sumergido en una profunda crisis hiperinflacionaria no exenta de episodios de ingobernabilidad, llevó a que se adelantara la asunción del nuevo presidente.

Apenas electo, el nuevo presidente dio claras muestras de que pensaba romper con los postulados históricos del peronismo. En términos económicos inició el ajuste estructural de la economía y el estado que la derecha reclamaba desde hacía varios años. La apertura económica, la desregulación y la privatización de las empresas públicas fueron las claves del nuevo modelo. Los cambios en la política económica estuvieron acompañados por giros igualmente fuertes en política exterior –con su alineamiento automático con los Estados Unidos–, en el tema de los derechos humanos –indultando a los principales responsables del terrorismo de estado– y en la relación con diversos referentes del antiperonismo histórico.

Impulsado por la estabilización de la economía, el PJ no tuvo dificultades para ganar las dos siguientes elecciones de renovación parlamentaria en 1991 y 1993, con cifras superiores al 40% de los votos.<sup>28</sup> Mientras tanto, la UCR parecía no haberse recuperado del caótico final de su paso por el gobierno y, mientras algunos sectores llevaban adelante una fuerte oposición, otros, los que gobernaban estados provinciales, jugaban a mantener relaciones privilegiadas con el oficialismo. En este contexto, la fuerte ofensiva reeleccionista de Menem encontró a una UCR dividida y debilitada, que terminó accediendo a la presión oficial a cambio de determinadas reformas institucionales que la beneficiaban, como la elección de un tercer senador por provincia y la elección directa del jefe de gobierno de la Ciudad de Buenos Aires.

El acuerdo bipartidista que llevó a la reforma constitucional de 1994 –conocido como el Pacto de Olivos– tuvo una consecuencia importante en el sistema partidario: dejar un espacio vacante que fue ocupado por un nuevo partido, el Frente Grande

26. En la interna votó alrededor del 40% del padrón partidario, obteniendo Menem el 53% de los votos frente al 46% de Cafiero.

27. Menem alcanzó el 48% de los votos, frente al 37% logrado por Angeloz. En esta elección irrumpió una tercera fuerza de alcance nacional: la derechista Unión del Centro Democrático (UCeDé), cuyo candidato Álvaro Alsogaray obtuvo casi el 7% de los sufragios.

28. En 1991, el peronismo logró el 40% de los votos frente al 29% de la UCR y el 5% de la UCeDé. Las fuerzas provinciales sumaron un elevado 17% de los sufragios. En 1993 el PJ creció al 42%, la UCR logró el 30% y las fuerzas provinciales sumaron un 14%.



(FG),<sup>29</sup> que en las elecciones presidenciales de 1995 formó, junto a nuevos desprendimientos del peronismo y a los tradicionales partidos socialistas, una coalición electoral denominada Frente País Solidario (FREPASO) que alcanzó el segundo lugar y desplazó por primera vez en la historia a la UCR al tercer puesto.

Menem obtuvo cómodamente su reelección con el 49% de los votos, seguido por el FG-FREPASO que alcanzó el 28% y la UCR que sólo obtuvo un 16%. Así la estructura de la competencia partidaria comenzaba a perder el carácter cerrado y predecible que había mostrado históricamente.<sup>30</sup>

Durante un tiempo, el sistema pareció comportarse como un *pluripartidismo pre-dominante* en el que el juego de suma cero por los votos opositores del que participaban radicales y frentistas aseguraba la victoria al PJ. Sin embargo, en 1997 un nuevo acuerdo —esta vez entre la UCR y el FG-FREPASO— produjo la conformación de la Alianza por el Trabajo, la Justicia y la Educación, que se impuso en las elecciones legislativas de ese año provocándole al peronismo su primera derrota estando en el gobierno.<sup>31</sup>

Entre 1997 y 1999 el PJ y la Alianza UCR-FREPASO definieron sus candidatos para la elección presidencial. Estos últimos a través de una elección primaria abierta que le dio el triunfo al postulante radical.<sup>32</sup> Por el contrario, en el peronismo los intentos re-reeleccionistas de Menem, que buscaba una nueva reforma constitucional que lo habilitara a un nuevo mandato, se enfrentaron a la dura oposición de amplios sectores que nunca habían terminado de aceptar completamente las transformaciones políticas e ideológicas del menemismo. El fracaso de Menem terminó posibilitando la candidatura de Eduardo Duhalde, gobernador de la provincia de Buenos Aires. De esta manera las elecciones presidenciales fueron ganadas por la fórmula de la Alianza con el 48% frente a un candidato peronista que no contó con el apoyo del oficialismo nacional y obtuvo el 38%.

El 10 de diciembre de 1999 un presidente peronista le entregó, por primera vez en la historia, la banda presidencial a uno de otro partido, iniciándose una nueva etapa política en la que el gobierno no era de un partido sino de una coalición. El radical

29. Formado en 1993 por sectores provenientes del PJ —que habían abandonado el partido tras el indulto a los responsables del terrorismo de estado— y de la izquierda tradicional, este partido canalizó la oposición al pacto y obtuvo una importante votación en la elección de los convencionales constituyentes de 1994.

30. Las transformaciones identitarias y discursivas que vivió el justicialismo durante el gobierno neoliberal de Menem (Martuccelli y Svampa, 1997) debilitaron el clivaje peronismo/antiperonismo, abriendo el sistema a nuevas dimensiones del conflicto. El crecimiento del FG se debió, en buena medida, a la activación de un *clivaje* basado en temas republicanos de honestidad/corrupción en la gestión.

31. La Alianza se presentó como tal en la mayoría de los distritos, obteniendo con esa denominación el 35% de los votos; a su vez, la UCR sumó 9% y el Frepaso 3% en los distritos donde no se concretó la coalición, totalizando en conjunto un 47%. El PJ obtuvo el 36%.

32. En una interna donde votaron alrededor de 2.4 millones de personas, Fernando De la Rúa obtuvo el 63% de los votos frente al 37% de Graciela Fernández Meijide.

Fernando De la Rúa fue electo acompañado por Carlos Álvarez, líder del FG. La existencia de un gobierno de coalición implicaba nuevos cambios para la estructura de la competencia partidaria.

La experiencia del primer gobierno de coalición de la Argentina fue mucho peor de lo que podían suponer incluso sus detractores. Desde el comienzo las diferencias internas fueron acrecentándose entre el presidente y su grupo más cercano (de un fuerte sesgo conservador y pro-mercado), por un lado, y el vicepresidente junto a su partido y amplios sectores de la estructura de la UCR, por el otro. Las ortodoxas decisiones tomadas en la economía, que buscaban controlar el creciente déficit presupuestario, acrecentaron la recesión que vivía el país desde el año 1997 y contrariaron las promesas electorales de la Alianza. A su vez, en el plano de la política institucional, De la Rúa no mostró una fuerte decisión para terminar con las prácticas políticas que habían caracterizado la gestión de Menem, llegando incluso a desautorizar al vicepresidente en su esfuerzo por investigar las denuncias de corrupción en el Senado en la votación de una ley que afectaba fuertemente los derechos de los trabajadores.

Un cambio de gabinete, que promovió a figuras consideradas responsables del episodio de corrupción en el Senado, culminó con la renuncia de Álvarez a la vicepresidencia a fines de 2000, dejando herida de muerte a la coalición triunfadora apenas doce meses atrás. De ahí en más, De la Rúa reforzó un estilo de gestión que contrastaba su falta de decisión política con la búsqueda discursiva de reforzar su autoridad imponiéndola sólo sobre su propia coalición.

La debilidad política, sumada a la acentuación de la recesión económica, llevó a que en las elecciones de renovación parlamentaria de 2001, el oficialismo sufriera una amplia derrota electoral que se potenció por la gran cantidad de ciudadanos que expresaron su malestar con la política, tanto no participando de los comicios, como votando en blanco o anulando el voto, en lo que fue popularmente conocido como el "voto bronca".<sup>33</sup> El intento de desconocer la derrota sufrida por parte del presidente lo condujo a un mayor aislamiento que asociado con los constantes errores de la conducción económica ocasionaron una serie de revueltas, saqueos y gigantescas movilizaciones que llevaron a De la Rúa a renunciar a fines de ese mismo año, en medio de una violenta represión policial que ocasionó decenas de muertos.

La Asamblea Legislativa, compuesta por los miembros de las dos cámaras, eligió a un gobernador peronista de una pequeña provincia como presidente interino. Adolfo Rodríguez Saá ocupó el cargo apenas una semana, viéndose forzado a renunciar luego de perder el apoyo del resto de los gobernadores del PJ y sufrir una fuerte movilización en su contra. En ese breve plazo, sin embargo, decidió el no

33. En las elecciones de 2001, el voto negativo (en blanco o nulo) alcanzó al 21% de quienes concurren a las urnas. Excluyendo estos votos, considerando sólo los sufragios positivos, el PJ logró el 37% frente al 23% de la Alianza. El ARI, una nueva fuerza, logró el 7%.

pago de la gigantesca deuda externa que asfixiaba a la economía del país. Una nueva Asamblea Legislativa designó a principios de 2002 a Eduardo Duhalde como nuevo presidente para completar el mandato hasta el año 2003. Lo más llamativo de esta elección fue que contó con el respaldo del PJ, la UCR y sectores del FG, conformándose así una amplia *coalición parlamentaria* que tuvo algún reflejo, incluso, en el gabinete nacional.

La *fragmentación* de los partidos seguía profundizándose y el mismo peronismo se había convertido en un sello vacío que ocultaba la existencia de tantos PJ como peronistas gobernaban provincias. Así, Duhalde, con un gabinete compuesto casi íntegramente por bonaerenses, tuvo que afrontar la oposición explícita o implícita del resto de los mandatarios de su partido. A su vez la UCR, de la cual ya se había desprendido la diputada Elisa Carrió, formando el ARI (Alternativa por una República de Iguales), sufrió la salida de Ricardo López Murphy, un importante dirigente de la derecha del partido. El FG, tras el retiro de su líder, se fracturó en varios pedazos. El sistema partidario se encontraba en una situación de extrema *fragmentación y volatilidad*.

Duhalde, sin bien se había fortalecido por el correcto manejo de la crisis, carecía de un candidato propio y tuvo que terminar apoyando a Néstor Kirchner, gobernador peronista de la provincia de Santa Cruz, que había sido parte de la tendencia revolucionaria en los años setenta y había marcado diferencias con el menemismo. Si bien los tradicionales apoyos del presidente –básicamente el poderoso aparato partidario del justicialismo bonaerense– miraban con desconfianza a un candidato que hasta entonces sólo era apoyado por dirigentes marginales, el miedo al retorno de Menem terminó por encolumnarlos detrás del candidato oficial.

Al concluir el mandato de Duhalde, el sistema partidario vivió una nueva transformación con la fractura del peronismo, que se consagró en un congreso partidario que suspendió las elecciones internas y autorizó a los distintos precandidatos a presentarse por fuera del partido, mediante frentes electorales armados al efecto: Carlos Menem (Frente de la Lealtad), Néstor Kirchner (Frente para la Victoria) y Adolfo Rodríguez Saá (Frente Movimiento Nacional y Popular). Paralelamente, la UCR, si bien realizó sus elecciones internas reglamentarias, no pudo impedir que dos ex miembros del partido, Carrió y López Murphy, se presentaran por fuera de la estructura partidaria. El FG no se pronunció por un candidato único y convocó a votar por Carrió o por Kirchner.

Así, el país se preparaba para las elecciones más inciertas y competitivas de su historia; cinco candidatos pelearían por lograr ubicarse en los dos primeros puestos para luego disputar la segunda vuelta. El largo proceso de deslegitimación que había sufrido la política en los años noventa y la profunda crisis de 2001 habían desarmado los principales partidos y generado una *estructura de competencia abierta e impredecible*.

Cada uno de los tres candidatos peronistas reflejaba tradiciones partidarias antagónicas; Kirchner la izquierda del peronismo, Menem la derecha aliada el conservadurismo, y Rodríguez Saá una especie de caricatura del populismo tradicional. En cuanto a los no peronistas, López Murphy expresaba la centroderecha liberal y Carrió el centroizquierda progresista.

Menem se impuso con el 24% seguido por Kirchner que logró el 22%. Un sorpresivo tercer lugar obtuvo López Murphy con el 16,3%. Detrás de él salieron Rodríguez Saá con el 14%, Carrió con el 14% y muy lejos el candidato oficial de la UCR, Leopoldo Moreau, que con el 2% consiguió el peor resultado de sus más de cien años de historia. La distribución geográfica de las preferencias electorales, a su vez, evidenció una pronunciada *territorialización* (Calvo y Escolar, 2005) o *desnacionalización* de la competencia partidaria: cada candidato tuvo marcadas fortalezas y debilidades en distintas zonas del país, según cuál fuera su vínculo con las ramas provinciales de cada partido.

De esta manera Menem y Kirchner se prepararon para afrontar la segunda vuelta. Rápidamente Carrió llamó a apoyar críticamente a Kirchner; López Murphy no se pronunció a favor de ninguno, acusando a ambos de ser parte de la interna peronista, y Rodríguez Saá pareció acercarse a Menem. Sin embargo, los sondeos empezaron a reflejar uniformemente que Kirchner aplastaría 80 a 20 a Menem, quien no sólo no obtenía nuevos votos sino que parecía perder parte de los propios. El hartazgo social con los diez años de menemismo y la convicción popular de que la crisis económica era la herencia de las políticas neoliberales del ex presidente sellaron la suerte del riojano, que terminó retirándose de la elección por la presión de sus propios seguidores.

Kirchner asumió en mayo de 2003 con un gabinete conformado por peronistas cercanos a él o a Duhalde y ex frentistas. Rápidamente desmintió las versiones que —dada su escasa legitimidad electoral originaria y el apoyo provisto por Duhalde— preanunciaban un presidente débil. Por el contrario, mostró una firme decisión de gobernar en el sentido contrario a lo realizado en la década anterior, tanto en su relación con los acreedores externos, las empresas de servicios multinacionales o los militares acusados del terrorismo de estado. Así, mediante un discurso que se centraba en la recuperación de la voluntad política y el cuestionamiento explícito a las restricciones del accionar estatal que había planteado el neoliberalismo en los noventa, Kirchner logró rápidamente un mayoritario apoyo social que se expresó en todos los sondeos.

El apoyo social, sumado a la importante adhesión al interior del PJ, que más allá de su desestructuración continuaba siendo el principal espacio político del país, le permitieron a Kirchner una cómoda victoria en las elecciones de renovación parlamentaria de 2005, derrotando incluso a la fórmula apoyada por el ex presidente Duhalde, del que se había distanciado, en la provincia de Buenos Aires. Aproxima-

damente las listas oficialistas obtuvieron el 40%, seguidas por los radicales (15%), peronistas opositores (9%) y el ARI (7%).

Para las elecciones presidenciales de 2007, Kirchner articuló una amplia coalición, llamada la Concertación Plural, en la que sumó a la mayoría del peronismo, sectores importantes de la UCR (prácticamente todos los que ocupaban posiciones ejecutivas, incluyendo sus cinco gobernadores y principales intendentes) y del centroizquierda que habían roto con el ARI de Carrió o provenían del FG o del PS. Esto ampliaba aún más el carácter *abierto e impredecible* del sistema partidario, en relación al tradicional bipartidismo peronista-radical de comienzos de la democracia. Contra los pronósticos de la mayoría de los analistas, Kirchner no buscó su reelección, acompañando la candidatura de su esposa, la senadora Cristina Fernández de Kirchner, quien se había destacado como una fuerte opositora a los gobiernos de Menem y la Alianza. La fórmula electoral de la Concertación fue completada con la candidatura a Vicepresidente del Gobernador radical de la provincia de Mendoza Julio Cobos. La UCR, por su parte, decidió acompañar la candidatura del ex ministro de Economía de Duhalde y Kirchner, Roberto Lavagna, un peronista que contaba con un amplio prestigio por su manejo de la crisis económica. El ARI, tras sufrir una serie de conflictos internos, constituyó una alianza, la Coalición Cívica, con algunas figuras del centroderecha y presentó una fórmula común con el PS. Desde la centroderecha, López Murphy no pudo capitalizar el fortalecimiento que ese espacio había alcanzado cuando, meses atrás, Mauricio Macri obtuviera el triunfo en la Ciudad de Buenos Aires.

Los resultados electorales dieron el triunfo al oficialista Frente para la Victoria con el 45%, seguido muy lejos por Carrió (23%) y Lavagna (17%). Así, por primera vez en la historia argentina una mujer asumió el 10 de diciembre de 2007 como Presidenta electa de los Argentinos. El gobierno de Cristina Fernández de Kirchner continuó y profundizó el rumbo político iniciado por la gestión anterior pero se encontró rápidamente con la articulación de una amplia fuerza social opositora que se montó sobre el conflicto con el empresariado rural por la decisión del gobierno de aplicar un sistema de retenciones variables a las exportaciones de cereales.<sup>34</sup>

34. El fuerte aumento de los precios de los productos primarios (agropecuarios especialmente) en el mercado global empujaba en las economías emergentes a procesos de reprimarización de sus estructuras productivas además de acrecentar fuertemente el costo de los alimentos. Ambas tendencias conspiraban contra el rumbo general de la política económica de los gobiernos kirchneristas de generar un proceso de desarrollo económico con valor agregado en la producción e inclusión social. Así se habían venido incrementando los porcentajes de retenciones que se aplicaban a la exportación de granos en general y a la soja en particular. El detonante del conflicto fue una resolución del Ministerio de Economía (la 125/08) que fijaba porcentajes variables a las retenciones de tal manera que al aumentar el precio del bien se incrementaba el porcentaje de la retención.

La fuerte oposición que desarrollaron las cámaras patronales del sector agropecuario encontró un acompañamiento inmediato de sectores de la más diversa índole que se oponían a distintas políticas del gobierno.<sup>35</sup> Y este acompañamiento no se detuvo cuando las entidades agropecuarias radicalizaron su accionar pasando de la interrupción de la venta de sus productos para la exportación y el consumo interno al bloqueo directo y corte de rutas en grandes zonas del país.

Frente a esta resistencia, el gobierno decide enviar la cuestión para su tratamiento legislativo, proceso que concluye cuando el Vicepresidente debe desempatar en la votación del Senado y lo hace de manera negativa. El resultado del conflicto en términos partidarios fue que el oficialismo perdió, además del Vice, a decenas de legisladores en ambas cámaras. Así las elecciones de renovación parlamentaria de 2009 encuentran al FPV en una situación de debilidad que se acentuó aún más cuando la economía empieza a sufrir los impactos de la gigantesca crisis internacional iniciada en 2008 en los Estados Unidos.

Los resultados electorales, y los cambios en las siglas partidarias, demuestran la dispersión y fragmentación del sistema partidario.<sup>36</sup> El oficialismo (FPV-PJ y distintos aliados provinciales) logró imponerse nacionalmente pero por un estrecho margen obteniendo el 31% de los votos, el Acuerdo Cívico y Social (alianza entre la UCR, la CC de Carrió, el PS y otros partidos menores, incluyendo a sectores del radicalismo que habían formado parte del oficialismo meses antes) el 28%, Unión-PRO el 17%, diversos peronismos provinciales que se presentaron por fuera del oficialismo el 7%, y poco más del 10% para una diversidad de fuerzas provinciales de centroizquierda y centroderecha.<sup>37</sup>

La manifiesta debilidad y crisis partidaria motivan a la Presidenta Kichner a proponer un inusitado diálogo político con todas las fuerzas de la oposición, organizaciones de la sociedad civil y expertos académicos con la finalidad de enviar una propuesta de reforma política al Congreso que fortaleciera a los partidos políticos mejorando la

35. Desde los espacios que enfrentaban la política de derechos humanos del gobierno hasta grupos empresarios (industriales y mediáticos) que veían sus intereses limitados por la intervención estatal, pasando por casi todos los partidos políticos opositores, diversos sectores presentaron el conflicto como “Gobierno versus Campo” y se posicionaron expresamente contra el oficialismo. Si bien algunos de estos sectores buscaban simplemente conseguir intereses propios otros pretendían claramente desgastar al gobierno y varios de ellos, incluso, destituirlo

36. La composición del Congreso constituido a fin de 2009 traduce e incluso exacerba esta fragmentación, 34 bloques existían en la Cámara de Diputados y 24 en la Cámara de Senadores, cifras difícilmente igualables a nivel mundial. Si a ello sumamos las decenas de diputados electos en listas oficialistas que luego integraron bloques opositores, o la situación de otros tantos legisladores que oscilan entre oficialismo y oposición en cada tema, concluimos que la fluidez y desestructuración del sistema partidario son muy elevadas.

37. Ratificando el carácter poco estructurado del sistema partidario, estas cifras surgen de una definición previa de qué sellos electorales integran un mismo “partido”. Esto es así dado que varios partidos se han presentado en muchos distritos bajo etiquetas distintas, en algunos casos como oficialistas y en otros como opositores, o con alianzas muy disímiles según la provincia.



## VI. LOS PARTIDOS POLÍTICOS

representación política.<sup>38</sup> Si bien el contenido de esta reforma se abordó en el Capítulo anterior, podemos decir que la ley se aprobó a fines de 2009 y modificó el comportamiento político partidario en la Argentina.

La renovación parlamentaria vio al FPV perder la mayoría en la Cámara de Diputados siendo reemplazado por una frágil y incoherente coalición opositora (denominada “Grupo A” y compuesta por los bloques de la UCR, del Peronismo Opositor, la Coalición Cívica, el Pro, el P.S. y 15 bloques más) que generó una fuerte parálisis parlamentaria en el período 2010/2011 que incluso dejó al país sin presupuesto.

Aproximándose las elecciones presidenciales de 2011 prácticamente la totalidad de los analistas políticos y todos los partidos opositores suponían que el oficialismo se encaminaba a una derrota segura, más aún con la muerte del ex Presidente y seguro candidato presidencial Néstor Kirchner el 27 de noviembre de 2010. Sin embargo la fuerte recuperación del kirchnerismo durante el 2010 y el 2011<sup>39</sup> condujo a que en las primeras elecciones primarias abiertas, simultáneas y obligatorias (las llamadas PASO) de la historia, la Presidente Kirchner lograra una amplia victoria. El Frente para la Victoria obtuvo más del 50% de los votos (10.762.217 votos, es decir el 50,24%) casi 40 puntos arriba de su más cercano perseguidor que fue Ricardo Alfonsín (12,20%) de la UCR aliada al sector del diputado De Narváez que dos años antes había triunfado en la provincia de Buenos Aires sobre el oficialismo encabezado por Néstor Kirchner. El tercer lugar, con el 12,12 lo ocupó el ex presidente Duhalde con diversos sectores peronistas opositores. El socialismo junto con algunos aliados (Frente Amplio Progresista, FAP) postuló al ex gobernador santafesino Hermes Binner que obtuvo el cuarto lugar con el 10,18%. Seguidamente, con el 8,14% apareció el gobernador de San Luis, Alberto Rodríguez Saa, y Elisa Carrió de la Coalición Cívica que obtuvo el 3,22%.

38. Todos los indicadores mostraban por aquel entonces un estado de profunda desestructuración partidaria. Se venía sucediendo una proliferación de diversas conductas claramente anómalas por parte de los principales partidos, que expresaron con claridad la debilidad que éstos tenían y que contribuyeron asimismo a acentuarla. Nos referimos a las conductas que se popularizaron con el nombre de listas “colectoras” (boletas con distintos candidatos y sellos partidarios compitiendo entre sí en el orden municipal o provincial pero que llevan los mismos candidatos en el orden superior, provincial o nacional), listas “espejo” (boletas que compiten en el mismo orden con los mismos candidatos pero distintos sellos partidarios) o candidaturas “testimoniales” (candidatos que se presentan a la elección sabiendo que no van a ocupar en caso de ganarlo el cargo para el que compiten). A su vez, en 2009 se alcanzó la cantidad de 656 partidos con personería jurídica, lo que constituye probablemente un record mundial y manifiesta la enorme fragmentación y fragilidad del sistema.

39. Gran parte de esta recuperación política se basó en la enorme iniciativa política mostrada por el oficialismo inmediatamente después de las elecciones de 2009. En un muy poco tiempo logró un conjunto de políticas de altísimo impacto como recuperar los fondos de pensión de los trabajadores, reestatizando las AFJP, aprobar la Ley de Servicios de Comunicación Audiovisual, la reforma política ya mencionada y la Ley de Matrimonio Igualitario, entre otras.

Con semejante diferencia lograda en las primarias por el oficialismo, las elecciones generales que se realizaron el 23 octubre no presentaron ninguna incertidumbre más allá de saber si el FPV incrementaría o no su ya histórica votación. Efectivamente Cristina Fernández de Kirchner logra su reelección con casi doce millones de votos (11.865.055 votos, es decir el 54,11%), sobre el FAP de Binner que se ubica segundo con el 16, 81%. Alfonsín obtiene el 11,14% seguido por Rodríguez Saa que logra el 7,96 y por Duhalde que se desploma al quinto lugar con el 5,86%. Carrió con el 1,82% es desplazada a la séptima ubicación por el Frente de Izquierda y los Trabajadores (FIT) de Altamira con el 2,30%.

Las elecciones de renovación parlamentaria que acompañaron a las presidenciales otorgaron una sólida y amplia mayoría al oficialismo en ambas cámaras. En los primeros años de la segunda gestión de la Presidenta Kichner si bien el oficialismo obtuvo éxitos importantes, como la recuperación de la empresa pública de petróleo y gas (YPF), experimentó una serie de problemas económicos centralmente producto de la histórica escasez de divisas que acompañó a los procesos de industrialización del país.

En el año 2013 los resultados de las elecciones de renovación parlamentaria volvieron a mostrar al oficialismo del FPV como primera fuerza nacional y le permitieron mantener la mayoría en ambas cámaras a pesar de haber perdido en los principales distritos del país. El FVP y sus aliados obtuvieron el 33,14% de los votos. En segundo lugar se ubicó el conglomerado compuesto por la UCR, el PS y diversos aliados que logró el 21,38%. El tercer puesto fue para el Frente Renovador, espacio conformado por disidentes del oficialismo, y aliados que logró el 17,03%. En cuarto lugar lo ocupó el PRO con el 9% y, en una absoluta novedad histórica, el quinto lo consiguió el FIT que con el 5,11%, logrando así que tres diputados de ese espacio político (izquierda trotskista) accedan a la Cámara de Diputados.

Se mantiene así una alta territorialización (o desnacionalización) de la competencia política, que combina en algunas provincias la existencia de fuertes partidos distritales cercanos al modelo de partidos de masas, con la presencia en otras provincias de liderazgos mediáticos propios del modelo de partido profesional-electoral. En definitiva, lo que existe es una dinámica de competencia que parece aún lejos de encontrar un nuevo punto de equilibrio.

VI. LOS PARTIDOS POLÍTICOS

Estructura de la competencia partidaria en cada período democrático

Fuentes: Elaboración propia a partir de datos de la Dirección Nacional Electoral (DINE), Ministerio del Interior y la Honorable Cámara de Diputados de la Nación, República Argentina.

Período	Elección	Ganador	Resultado del ganador	Gobierno
1916-1930	1916	UCR	48,00%	UCR (sola)
	1922	UCR	55%	UCR (sola)
	1928	UCR	67%	UCR (sola)
1946-1955	1946	Peronismo (Partido Laborista + UCR Junta Renovadora)	52%	Peronismo (solo)
	1951	Peronismo	62%	Peronismo (solo)
1973-1974	Mar. 1973	Peronismo	50%	Peronismo (solo)
	Sept. 1973	Peronismo (PJ + aliados menores)	62%	Peronismo (solo)
1983-hoy	1983	UCR	51,75%	UCR (sola)
	1989	PJ	47,89%	PJ (solo)
	1995	PJ	49,89%	PJ (solo)
	1999	UCR-FREPASO	48,37%	Coalición UCR-FREPASO
	2002	PJ	Designación parlamentaria	PJ con apoyo parlamentario y ministerial de UCR y sectores del FREPASO
	2003	Frente para la Victoria	22,4% *	Frente para la Victoria – PJ y sectores ex FREPASO
	2007	Frente para la Victoria-Concertación Plural	45,30%	Frente para la Victoria – PJ y sectores de la UCR, ex FREPASO, ex ARI y PS
	2011	Frente para la Victoria	54,11%	Frente para la Victoria – PJ y sectores de la UCR, ex FREPASO, ex ARI y ex PS

Notas:

\* El candidato Carlos Menem decidió no presentarse a la segunda vuelta, por lo que, por aplicación del art. 155 del Código Electoral Nacional (Ley N°19.945), resultó electo el segundo candidato más votado, Néstor Kirchner.